

CRISTIANDAD



27 RAZON DE ESTE NUMERO

los tiempos modernos que se ha llamado la Revolución, la cual ha roto los moldes del mundo cristiano con el propósito de entronizar una concepción absolutamente nueva y totalmente anticristiana de la Sociedad.

Podemos afirmar, dentro de la concepción de la Teología de la Historia iniciada por el Padre Ramière, que la caída del Sacro Imperio —continuación del de Augusto— y la eclosión de la Revolución, no son dos hechos deslindados sin otra relación que su simultaneidad, sino que la guardan de dependencia como si el Imperio hubiera sido la viga maestra del edificio de Europa constituido en unidad cristiana —CRISTIANDAD,— caída la cual se desencadenan las fuerzas del mal para producir la **Apostasía de las Naciones**.

El presente número está dedicado a actualizar la creencia, hoy puesta en tela de juicio, de la auténtica continuidad histórica del Imperio de los Césares a través del Sacro Romano Imperio.

Inicia este número un artículo del Padre Ramón Orlandis, S. J., **Advertencia previa**, clara y autorizada exposición de la finalidad de nuestra revista y del tema que nos proponemos suscitar.

Sección «**Plura ut unum**»: **6 de agosto de 1806**, por María Asunción López (págs. 196 y 197); **La Restauración del Imperio Romano en Occidente**, por Francisco Canals Vidal (págs. 198 y 199); **Cesarismo invasor**, por Luis M.^a Figueras Fontanals (págs. 200, 201, 202 y 203); **La atomización del Imperio**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 206 y 207); **El Imperio «evangélico» alemán**, por Tomás Lamarca (págs. 208 y 209).

Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et vétera**»: **Idea del Imperio Romano**, por Ernesto Lavis (pág. 210); **El Sacro Imperio Romano Germánico**, por James Bryce (pág. 211); **Fernando II es coronado Emperador**, por E. Charvériat (págs. 212 y 213).

Sección «**A la Luz del Vaticano**»: **La tragedia alemana**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 214 y 215); **Fulda, uno de los bastiones del catolicismo germano** (pág. 216).

En las páginas centrales reproducimos la oda de Alessandro Manzoni «**Il cinque Maggio**» y su traducción castellana.

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.



FÁBRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

Hijo de

Manuel Vallhonrat

Teléfono 1832

ALMACÉN Y DESPACHO:
San Antonio, 39

FÁBRICA:
García Humet, 40

TARRASA

CRISTIANDAD

Tomo encuadernado 1944



De venta en las principales librerías

CRISTIANDAD

NÚMERO 27 - AÑO II

REVISTA QUINCENAL

Caspe, 60, 2.º, 1.º - Teléfono 24870
BARCELONA

1 Mayo de 1945

Gruz, 1, 1.º - Teléfono 25675
MADRID

Advertencia previa

Quien esta advertencia suscribe, no es por cierto el director de la Revista; no es siquiera —aunque algunos puedan creerlo— quien tuvo la iniciativa en su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la Revista; no hay para qué disimularlo. Es asimismo, digámoslo así, su *curador espiritual* en la menor edad. Claro es, dicho sea entre paréntesis, que ni inspiración significa escritura al dictado, ni curatela, entorpecimiento de iniciativa o movimiento.

De esta su relación con respecto a *CRISTIANDAD* se origina y en esta relación se funda una ineludible responsabilidad: la de procurar con solicitud competente el bien de la Revista, que no es ni puede ser otro, sino el que ésta tienda siempre a su fin, sin tropiezos ni desviaciones de orden espiritual.

Exige esto, a todas luces, vigilancia, y quien tenga bien conocido así el fin como la índole de *CRISTIANDAD*, forzosamente se hará cargo de que la vigilancia no podrá ceñirse al mero cuidado de que en ella nada aparezca que no sea conforme al dogma y a la moral cristiana entendidos estos términos en su sentido estricto. Más es lo que exigen el fin y la índole de *CRISTIANDAD*: exigen que nada de lo que en ella se publique desdiga en lo más mínimo del nombre que con orgullo —orgullo santo— ostenta en su portada con caracteres deliberadamente llamativos. *CRISTIANDAD* desde su primera concepción quiso llamarse "*CRISTIANDAD*" y rechazó toda otra designación onomástica, tal vez más a la moda, más velada, menos audaz, menos —por qué no decirlo— menos provocativa. Y este nombre lo escogió a conciencia, previendo que con él, en algunos sectores, sería quizás menos bien recibida, arriesgándose a ver tal vez reducida su publicidad.

CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica.

CRISTIANDAD, por ser *CRISTIANDAD*, no se encoge ante el peligro de que la motejen de *beata* y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería.

Todo esto es la explicación del por qué *CRISTIANDAD* quiere y exige de su *curador espiritual* que la vigile, no sea que en su juvenil inexperiencia, se desvíe un solo paso del camino que conduce a su meta; que nada pueda descubrirse en sus páginas, que, visto a la luz del Vaticano, pueda parecer una mancha en su perfecta ortodoxia; una sombra proyectada por la interposición de un criterio menos conforme con el de la Madre Iglesia.

Si algo así un ojo cristianamente avizor descubriera en las páginas de *CRISTIANDAD*, no lo ponga en duda el lector, habría sido un desliz inconsciente y *CRISTIANDAD* le agradecería en el alma un aviso de benevolencia. Los que forman el núcleo de la Redacción no se tienen por maestros infalibles y quien ejerce la vigilancia bien puede unos instantes dormir.

* * *

No es empero el espíritu de Cristo y de su esposa la Iglesia espíritu de congojas y aperturas. Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad, la libertad verdadera, la libertad de los hijos de Dios. Por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos al espíritu maternal de la Iglesia, *CRISTIANDAD* se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la

ADVERTENCIA

Verdad Eterna deja a la discusión bien intencionada y caritativa de los humildes mortales.

* * *

Otra observación : dado el carácter peculiar de la Revista, que no tiene pretensiones de científica y menos de magistral, no sería justo ni razonable exigir de ella en todos los casos aquella precisión de nomenclaturas, aquella exhaustiva totalidad de comprensión, aquella extensión de conocimientos eruditos, que se pueden, con razón, pedir al maestro, al hombre de ciencia. Cuando *CRISTIANIDAD* quiere ilustrar a sus lectores con autoridad magistral, halla un recurso efficacísimo, ciertamente bien compatible con su humildad y modestia, y de este recurso se vale en todos los números : el recurso de convertirse en altavoz de la palabra autorizada de los Romanos Pontífices, de los Sagrados Doctores, de los autores aprobados por el sufragio cristiano.

Además, con gusto y agradecimiento pide y obtiene la colaboración y la firma de escritores prestigiosos, sacerdotes y seglares, que con su reconocido crédito ornén y enriquezcan sus columnas.

La Teología de la Historia

Para que el lector aprecie la razón de dedicar todo un número de *CRISTIANIDAD* a un tema en apariencia inactual e intrascendente, es prenotando indispensable enterarle de una de las aficiones preponderantes de aquellos que constituyen el núcleo de redacción.

Formados éstos en *Schola Cordis Iesu* y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición : "*Adveniat regnum tuum*", es obvio que desde el principio concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea, que se expresa en la fórmula universalmente admitida : *el Reinado Social de Cristo* y que una vez comprendidas las riquezas de contenido, que en esta fórmula se encierran, los tesoros de salud que en ella y por ella se ofrecen al mundo enfermo, extendieran sus deseos a dar a conocer tales tesoros al mundo, que por desgracia, no los conoce en su valor ni los busca para su remedio. ¿Dónde, pues, habían ellos de buscar la comprensión de tales tesoros y dónde habían de hallar la orientación y el estímulo para comunicarlos? Consentáneo era acudir a los escritos y a las empresas del que con razón es llamado segundo fundador del Apostolado, de aquel egregio varón, cuyo nombre es Enrique Ramière. Él fué quien consolidó la obra del P. Gautrelet, su primer fundador ; él quien le dió vida nueva y robusta, infundiéndole la savia divina cuya fuente es el Corazón de Cristo y con ello le dió su forma definitiva. El P. Enrique Ramière vió con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de Santa Margarita María, ni los que en el siglo XVIII y en la primera del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la significación de aquella promesa de reinado : "*reinaré a pesar de mis enemigos*" que en ellas de continuo se repite ; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían ; más aún al mundo entero. Y vió más aquel eminente varón ; vió que Jesucristo quería salvar al mundo, valiéndose de la devoción a su Corazón divino, ya que ésta es el medio providencial, por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo pecador y rebelde.

En realidad, en aquellos momentos solemnes, en que en un rincón de un convento de la Visitación el Divino Redentor sembraba las semillas de su obra providencial, un genio escrutador y adivinador de lo porvenir, tal vez hubiera podido sentir los primeros escalofríos, anunciadores de aquella tempestad espantosa que en los siglos subsiguientes derribaría tronos y altares y que, lejos de purificar el ambiente, lo dejaría saturado de miasmas capaces de gangrenar la humana sociedad.

El P. Enrique Ramière no hubo de prever lo futuro ; él veía con sus propios ojos la devastación revolucionaria, y se daba cuenta perfecta de que el mundo seguía respirando aquel aire pestilencial. Por esto el P. Ramière enardecido en celo y en deseos de iluminar las inteligencias oscurecidas, intensifica su vida de espíritu y de apostolado, y multiplica sus trabajos, escribe libros, emprende obras, etc., para que los míopes y los ciegos vean dónde está el camino de salvación.

En sus luminosos trabajos intelectuales, para alumbrar las inteligencias no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos ; hace ver las normas y las leyes de la providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano y acude a la revelación divina para rastrear los planes que ha trazado Dios a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y esto no por estéril curiosidad, sino para orientar los espíritus y alentarlos con la esperanza.

Y para esto estudia la historia, no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo San Agustín y Bossuet es quien pri-

mero le da el nombre adecuado y lleno de significación de *Teología de la Historia*.

* * *

Ahora bien, los miembros de *Schola Cordis Iesu* se enamoraron de esta ciencia y se esforzaron por adquirirla con ecuaníme seriedad y supliendo sus carencias de formación teológica con consultas humildes pero pertinentes. Y al poner en estos estudios un interés creciente y fecundo no pudieron contentarse con los problemas planteados explícitamente por el P. Ramière; mas siguiéndole como guía se hallaron con nuevos problemas de fecundidad insospechada y no se arredraron ante ellos, sino que trabajaron por resolverlos, para enriquecer sus inteligencias y fecundar su corazón.

El fin del Imperio Romano

Pues bien, el tema que en este número de *CRISTIANDAD* se estudia es de aquellos temas que, aun siendo de índole meramente histórico-positiva, puede tener insospechadas repercusiones en los problemas de *Teología de la Historia*.

Formulado en términos imprecisos, el problema es como sigue: ¿*En qué momento de la Historia feneció el Imperio Romano?*, y puestos a precisar, si se pregunta ¿a qué imperio nos referimos, al fundado por Augusto o al imperio medieval, al conocido en la Historia con el nombre de "Sacro Imperio Romano de nación germánica"? Se responderá sin titubeo que al primero, al fundado por Augusto poco antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Planteados así el problema tal vez sorprenderá a más de un lector de *CRISTIANDAD*. ¿Quién en la escuela primaria no aprendió ya de memoria que el edificio levantado por Augusto cayó en ruinas hace quince siglos al empuje de los bárbaros del Norte? ¿Y qué tiene esto que ver con la *Teología de la Historia*?

Dilate algo más su paciencia quien la ha tenido para seguirnos hasta ahora.

Uno de los acontecimientos revelados como futuros en la Sagrada Escritura es la aparición a su tiempo del hombre llamado del pecado, del Anticristo, supremo perseguidor de la Iglesia. En los tiempos de fe más viva preocupaba hondamente este hecho profetizado; ahora casi ha desaparecido del cuadro de las preocupaciones humanas. Pues bien, fundándose en la Escritura, los autores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia pensaban que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio Romano y la aparición del Anticristo, y por esto fué uno de los motivos de pánico temor para los cristianos del siglo v el derrumbamiento del Imperio.

Parecía a primera vista suficiente razón para abandonar aquella interpretación de la Escritura, la natural decepción que había de producir en los espíritus el tener ante la vista las ruinas del Imperio. Y, sin embargo, no fué así; continuaron los escritores eclesiásticos aferrados a la interpretación tradicional, y no la abandonaron ni siquiera cuando en el siglo xv, al conquistar los turcos Constantinopla, pereció de muerte miserable el Imperio de Oriente, y quedó tan arraigada la creencia que aun a fines del siglo xvi un varón tan eminente como San Roberto Belarmino no dudaba en esgrimir contra la estolidez de los protestantes que decían que era el Anticristo el Pontífice Romano, un argumento fundado en la interpretación tradicional, es a saber: que mal podía ser el Papa el Anticristo ya que éste no había de aparecer mientras durase el Imperio Romano y éste aun existía.

En nuestros tiempos se ha variado de táctica: los intérpretes de la Escritura dando por supuesto que hace siglos desapareció de la Historia el Imperio Romano, abandonan la interpretación tradicional y buscan nuevas explicaciones.

Empero, se preguntan los redactores de *CRISTIANDAD*, ¿es tan cierto como se supone que hace siglos acabó el Imperio fundado por Augusto?, y para hallar respuesta a esta pregunta recurren a los historiadores no preocupados por prejuicios extrahistóricos y hallan que éstos afirman con fundamento que el IMPERIO FUNDADO POR AUGUSTO DURÓ HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX Y FENECIÓ EN EL AÑO 1806 DECAPITADO POR EL SABLE DE NAPOLEÓN.

* * *

Conociendo ya el lector la importancia de los hechos acontecidos en 1806, esperamos que tendrá el espíritu más preparado para comprender: no ya la materia de cada artículo en particular, sino la intención general de este número; y se dará cuenta de que este problema admite y exige una ampliación y desarrollo que con el favor de Dios se propone *CRISTIANDAD* ofrecerle en posteriores elucidaciones históricas.

No está de más, para concluir, recordar que dentro de la primera quincena de mayo —el cinco del mismo mes— se cumple el aniversario de la muerte de Napoleón; lo cual no deja de dar oportunidad a este número.

RAMON ORLANDIS, S. J.



6 de Agosto de 1806

El fin del Imperio Romano

“Entre los que en agosto de 1806, leyeron en los periódicos europeos que Francisco II acababa de anunciar a la Dieta que renunciaba a la corona imperial, muy pocos sin duda, reflexionarían que la más antigua institución política del mundo acababa de fenecer. Sin embargo, así era. El Imperio destruido por el protocolo de un diplomático redactado a orillas del Danubio, era el mismo que el astuto sobrino de César conquistó con las fuerzas de Oriente al pie de los acantilados de Actium, y que había logrado conservar casi intacto durante dieciocho siglos, no obstante las transformaciones más considerables en su extensión, poder y carácter, un título y pretensiones desprovistas desde mucho tiempo de toda suerte de significado. Nada ligaba tan directamente el antiguo mundo al moderno, ni resumía en estos contrastes más vasta porción de la historia de Europa”. James Bryce, profesor de Derecho en la Universidad de Oxford, es quien de esta manera se expresa en su obra *“The Holy Roman Empire”*. Poco conocido del lector español, dejemos que Ernesto Lavisse nos introduzca en el conocimiento de uno y otra. Escribe el famoso historiador en el prólogo a la traducción francesa de aquella obra: “En Alemania se ha estudiado naturalmente mucho la historia del Sacro Imperio. Pero un alemán no es independiente en sus juicios sobre el pasado de Alemania, lamentado hoy en día por unos y repudiado por otros. Austríacos y católicos de un lado, prusianos y protestantes de otro, se hacen guerra sobre este antiguo campo de batalla. Por otra parte, ningún alemán ha intentado dar una filosofía completa del Sacro Imperio.

“Un historiador inglés, M. J. Bryce, se ha encargado de esta difícil tarea. Para lograrla, era preciso el conocimiento claro de la historia universal, la aptitud para seguir una idea a través de las metamorfosis de su forma, el ingenio para captar la mentalidad teológica, escolástica y jurídica de la Edad Media; se necesitaba también gusto en descifrar símbolos, don para gozar de lo pintoresco, emoción ante la grandeza, amor a la humanidad, respeto a los hermosos sueños humanos, caridad para las ilusiones, piedad para los errores, imparcialidad en el juicio sobre las creencias, sobre los hombres y los pueblos. M. Bryce reúne estas raras cualidades. Sin duda deja ver una marcada predilección por el protestantismo y el germanismo, pero casi siempre ha salido airoso en su esfuerzo para tratar como filósofo este asunto filosófico. Pocos libros han alcanzado en el grado que el suyo el mérito de provocar la reflexión aguda sobre problemas más altos. Para mí, que he estudiado mucho este asunto, cuya extraña historia me ha hecho con frecuencia pensar y fantasear, he leído *“The Holy Roman Empire”* con gran provecho, pareciéndome que no era inútil presentar al público francés uno de los mejores libros de historia general que nos haya dado Inglaterra...”

Autocoronación de un Emperador

“Entre los que en agosto de 1806 leyeron en los periódicos europeos que Francisco II acababa de anunciar a la Dieta que renunciaba a la corona imperial, muy po-

cos sin duda reflexionarían que la más antigua institución política del mundo acababa de fenecer”.

El brillo mismo de los acontecimientos que han preparado inmediatamente este hecho; el estrépito de guerras que lo han precedido y seguido, ha sido parte en desviar de él la atención. Para considerarlos es preciso que nos traslademos a Francia. El Papa, que ha renunciado a muchas cosas en gracia a una elevada finalidad, está en París para coronar a Napoleón. Tras preparativos espléndidos y grandiosos llega por fin el día tan deseado, 2 de diciembre de 1804. La corte hace alarde de un lujo estrepitoso; Napoleón se exhibe vestido al gusto del siglo XVI, con faja blanca, manto corto, guarnecido de abejas de oro y un birrete de plumas blancas, junto a Josefina, centelleando de diamantes, en una carroza de cristales con geniecillos de oro que sostienen una corona. En el palacio del Arzobispo, toma el cetro y el manto imperial, —desapareciendo casi en él—, sostiene la corona junto a sí y pone provisionalmente en su cabeza una guirnalda de laurel de oro.

La multitud se agolpa a su alrededor. La calle de San Honorato, el muelle del Sena y todo el trayecto hasta Nuestra Señora, se llena de extranjeros atraídos por la curiosidad; allí afluyen también los antiguos miembros del ayuntamiento revolucionario, los sans culotte, los que habían formado parte de los clubs jacobinos, la burguesía acomodada; en fin, todo el pueblo que había llevado a la guillotina al mejor de los reyes, y que no podía soportar la presencia de la más noble y majestuosa de las reinas, aclama entusiasmado como a Emperadores, al corso advenedizo, al soldado de fortuna, y a la viuda criolla de dudosa reputación.

Entran en la Iglesia acompañados de una marcha triunfal y en un trono situado a la derecha del altar les espera Pío VII. Después que el Papa le ha ungido, ceñido la espada bendecida y pronunciado la oración ritual, va a coronarle; entonces Napoleón se levanta vivamente, toma la corona del altar y la coloca sobre su cabeza. Thiers observa: “Esta acción, entendida por todos los presentes, produce una impresión indecible”. De esta forma se desvirtúa el significado de la coronación por el Papa. El nuevo emperador, no acepta como Carlomagno la protección espiritual de la Iglesia, ni le ofrece caballerosamente su brazo para defenderla, sino que se alza frente a ella. No reconoce ningún dominio sobre sí y apoya su poder en los derechos del hombre y la fuerza de las bayonetas. El Papa ha sido engañado y penetra con dolor el fondo de todas las intrigas. Se le invitó para que fuera a coronar al emperador; aceptó por el simbolismo que representaba este acto, y resulta espectador de la coronación. El nuevo imperio, al no recibir el poder soberano de Jesucristo, le desafía con su fuerza. Napoleón no ha buscado en este acto más que satisfacer su vanidad, atraerse a los católicos, humillar a Austria, aturdir a Inglaterra y asombrar a Europa.

La Confederación del Rhin

La corona imperial de Napoleón tiene, sin embargo, una sombra. Al flamante emperador le molesta la aureola de majestad que dan al título imperial de Francisco II

la herencia romana, el esplendor de Carlomagno, la grandeza de los Otones y la gloria de la Cruz. No se le oculta que el título de Emperador del Sacro Romano Imperio ha significado mucho para el Occidente, tanto que alrededor de él giró la política de Europa durante siglos, porque era sencillamente la continuación del Imperio Romano como lo probaba su título de Imperator Augustus. Y a sofocar la significación de este título, que él ha plagado, dirige su política y sus armas. Quiere dislocarlo y debilitarlo, de suerte que no brille más que el Imperio francés.

Para ello se vale de Talleyrand, diplomático de recursos inagotables y falto por completo de escrúpulos, el cual echa las bases de la Confederación del Rhin.

Pretextando la preparación de una acometida a Inglaterra, que no llegó a efectuarse, Napoleón recorre los países, ya hábilmente predispuestos por Talleyrand, situados entre el Mosa y el Rhin. Entonces se manifiesta en su más alto grado la fascinación que ejerce sobre las masas. En Colonia los ciudadanos, locos de alegría, tiran del coche del Emperador; en Aquisgrán, en medio del éxito de su viaje triunfal, le sigue fascinando el recuerdo de Carlomagno, en Coblenza y Maguncia recibe como señor a los príncipes alemanes y les trata con un fausto sin igual, pero como huéspedes; y todos se muestran sorprendidos por "la celeridad con que el soldado coronado ha tomado actitud de soberano".

Esto, unido a que Napoleón se hace coronar Rey de Italia, es causa de que en Viena triunfe el partido de la guerra, y aliándose con Rusia se forme la tercera Coalición. Napoleón tiene aún asida la Fortuna, y el ejército ruso-austríaco es vencido el 2 de diciembre de 1805, en Austerlitz.

Se ajusta la paz de Presburgo, que no se cumple.

A la presión de las influencias de Talleyrand, se une la oficiosa complicidad del archicanciller del Imperio, Dalberg, y la diputación imperial que se había reunido, seculariza las posesiones eclesiásticas, cambia los cuadros territoriales y reorganiza el Consejo de Electores Imperiales. Francisco II no acepta estos cambios, y he aquí la oportunidad para que Napoleón intervenga directamente en los asuntos del Reich. Se forma la *Confederación del Rhin*, y los países renanos rompen su dependencia de vasallaje con el Imperio y dan a Napoleón el título de Protector de la Confederación.

Queda Napoleón mediador de Suiza, Protector de la Confederación renana, Rey de Italia, Emperador de los franceses, y con los tronos de Holanda y Nápoles ocupados por sus hermanos.

Declaración de Francisco II

El doce de julio se firma el protocolo de la Confederación del Rhin que se ratifica el 25 en Munich. El primero de agosto de 1806 anunciaron en Ratisbona su separación del Imperio alemán, y el enviado francés declaró que Napoleón ya no reconocía su existencia.

El 6 de agosto, el Emperador Francisco II respondió a este hecho con la siguiente declaración:

"Después de ajustada la paz de Presburgo, toda nuestra atención y solicitud estaban dirigidas con la acostumbrada lealtad y conciencia a procurar la mayor satisfacción, conservar las bendiciones de la paz a nuestro pueblo, confirmar en todas partes las relaciones pacíficas felizmente restablecidas, a aguardar hasta ver si las mudanzas esenciales introducidas por esta paz en el Imperio alemán, nos harían en adelante posible satisfacer las graves obligaciones que nos imponía la capitulación de la elección imperial como jefe superior del Imperio. Las consecuencias que han tenido muchos artículos de la paz de Presbur-

go luego que fueron publicados, y hasta el día de hoy, y los acaecimientos sabidos de todos, que han ocurrido en el Imperio alemán, nos han dado el convencimiento de que en las circunstancias nuevas nos sería imposible continuar cumpliendo las obligaciones contraídas por la capitulación electoral; mas como resulta que previa solución de las complicaciones políticas producidas, la Convención suscrita en París el 12 de julio de 1806, y después aprobada por las partes contratantes, ha conducido a muchos principales Estamentos a su completa separación del Imperio y su unión en una Confederación aparte, han quedado anuladas enteramente las esperanzas que abrigábamos. Por la persuasión que estas cosas nos han causado de la entera imposibilidad de cumplir las obligaciones de nuestro oficio imperial, debemos a nuestros principios y dignidad la renuncia de una corona que sólo podría tener valor a nuestros ojos mientras pudiéramos corresponder a la confianza que en nosotros pusieron los Príncipes electores, Príncipes, Estamentos, y demás que pertenecían al Imperio alemán, y estuviéramos en posición de satisfacer las obligaciones que habíamos tomado. Conforme a esto, declaramos por las presentes que consideramos disuelto el vínculo que hasta ahora nos ataba al Cuerpo Político del Imperio alemán; que por la unión de los Príncipes electores y Príncipes confederados, consideramos extinguido el oficio supremo y dignidad del Imperio y por ende nos miramos desatados de todas las obligaciones que asumimos respecto del Imperio alemán, y por causa del mismo, deponeмо la corona y Gobierno imperial que hasta ahora habíamos tenido. Al mismo tiempo, desatamos a los Príncipes electores, Príncipes y Estamentos y a todos los que pertenecieron al Imperio, y en particular a los miembros de los Tribunales supremos del Imperio y a los demás servidores suyos, de los deberes con que hasta ahora estaban atados a nosotros por la Constitución, como a legal jefe supremo del Imperio. A nuestra vez, declaramos libres a todas las provincias y Estamentos alemanes de todas las obligaciones que hasta ahora tenían por cualquier título respecto del Imperio alemán, y nosotros mismos nos esforzaremos, en unión con todo el Cuerpo Político Austriaco, como Emperador de Austria, por llevarlas en las nuevas relaciones pacíficas restablecidas con todas las potencias y Estados vecinos a aquel grado de felicidad y bienestar que será el objetivo de todos nuestros deseos y el fin de nuestra más activa solicitud".

El acto, tan trascendental y simbólico, de Francisco II, transcurrió en medio de una lógica indiferencia. El Imperio no se derrumbaba como los titanes, haciendo estremecer al Mundo con su caída: su significado ya no era familiar; se le había hecho el vacío y moría asfixiado por haber socavado su prestigio la vasta red de las sociedades secretas extendidas por todo el Continente.

Se había lanzado la idea de romper con el pasado y fundar la Sociedad sobre nuevas bases, y obedeciendo a esta consigna se había levantado otro Imperio que tenía por génesis la Revolución francesa y por artífice a Napoleón Bonaparte, que estabilizaba sus principios abriendo con ello la era de las revoluciones europeas cuyo ciclo no se ha cerrado todavía.

* * *

Juan Bautista Weiss, de cuya monumental *Historia Universal* recogemos el documento importantísimo que acabamos de transcribir, concluye: "Así acabó el Imperio de Carlomagno, mil seis años después de su fundación".

Unos volúmenes antes de la misma obra, al estudiar la constitución de este Imperio a cuya desaparición acaba ahora de hacernos asistir, habíalo hecho bajo el siguiente epígrafe: "La restauración del Imperio Romano".

María Asunción López

La Restauración del Imperio Romano en Occidente

En la fiesta de la Navidad del año 800, el pueblo de Roma presenció uno de estos hechos que señalan durante siglos el rumbo de la Historia. El nombre ilustre de la ciudad, cabeza del mundo, y el escenario del gran acontecimiento, la Basílica de San Pedro, que sobre el lugar del martirio del Apóstol edificara Constantino el Grande, no eran ciertamente indignos de su trascendencia, ni de quienes en él desempeñaron el principal papel; eran éstos el Papa León III y el Rey de los Francos Carlomagno.

Contemplemos el hecho tal como nos lo han transmitido los cronistas de la época. El Rey Carlos se disponía a oír la Misa solemne celebrada por el Papa León; se hallaba arrodillado ante el altar del Apóstol, su comitiva de nobles francos le rodeaba, el pueblo romano llenaba la Basílica. El Pontífice, adelantándose, hasta donde él estaba colocó sobre su cabeza una corona de oro mientras todos los presentes gritaban: "¡Vida y victoria al piadosísimo Carlos Augusto Emperador de los romanos, coronado por Dios que nos da la paz!" En medio de las aclamaciones tres veces repetidas el Papa veneró a Carlos como Emperador y él ungió como a tal.

¿Qué había pasado? ¿Cuál fué la evolución de los hechos que había llevado a que el Rey de los Francos se convirtiese en heredero de los Césares y a que recibiese la corona puesto de rodillas ante el altar de San Pedro y por manos del Pontífice Romano?

Hay que rechazar, desde luego, la idea de que se tratase de la creación de un nuevo imperio con el nombre prestigioso de otro antiguo destruido ya e inexistente. Por el contrario, el hecho era simplemente que el Rey de los Francos era proclamado Emperador romano, soberano de un Imperio que existía y dominaba de derecho todavía en la Europa occidental.

En efecto, el destronamiento —en el año 476— del último de los sucesores de Honorio, no significó la destrucción del Imperio romano de Occidente. Mejor podría decirse que nunca había existido tal Imperio de Occidente; la división de Teodosio no había significado sino poner al frente del Imperio romano, entidad política que conservaba su unidad, a dos soberanos residentes en dos capitales: Roma y Constantinopla.

Al ser destronado Rómulo "Augustulo", los soberanos bárbaros continuaron reconociendo como subsistente la autoridad imperial; por esto Constantinopla se gloriaba de ser la capital única del Imperio, la nueva Roma, como decían los Patriarcas para fundamentar sus ambiciones cismáticas al título de ecuménicos. Y así nadie duda que Justiniano fuese el Emperador romano, ni que al mandar a Belisario a la conquista de Italia entendiéndose otra cosa que el restablecer su autoridad en la Península; no conquistar países extraños para extender las fronteras de su Imperio.

Pero los Emperadores de Constantinopla llevaron pronto el Imperio a la situación que ha hecho que fuese llamado "Bajo Imperio". Desde un principio se caracterizaron por su amparo a los movimientos heréticos y al es-

píritu cismático, que permite someter la Iglesia al poder civil. En los siglos VII y VIII mientras los Emperadores apoyaban a los herejes, había tenido lugar la pérdida de extensas provincias ante las acometidas del Islam, y a la vez aparecían impotentes para defender a Italia y a Roma de los ataques lombardos.

En estos mismos siglos, en cambio, el Occidente presenciaba el robustecerse de la monarquía franca bajo una nueva dinastía caracterizada desde un principio por su fidelidad a la Iglesia y al Pontificado. El reino de los Francos había constituido el apoyo de la Iglesia para la conversión de los sajones y germanos; en Poitiers, Carlos Martel destrozaba el ejército de Abderramán; Pipino y más tarde Carlomagno salvaban Italia y Roma del peligro lombardo y asentaban el fundamento del poder temporal de la Santa Sede.

En el tránsito de este siglo llamado del "Renacimiento carolingio" a la centuria IX, en que había de iniciarse con Focio el cisma del Oriente, la Providencia dispuso las circunstancias favorables a un hecho trascendentalísimo.

Dejemos la palabra a los contemporáneos, que nos revelan la conciencia que tuvieron de estos tres importantes puntos: 1.º) la legitimidad de la coronación del Rey franco; 2.º) que se trataba verdaderamente de continuar el Imperio romano; y 3.º) que esto ocurrió providencialmente para que Europa encontrase el poder político que sirviera de base a la unidad de la Cristiandad occidental y de apoyo a la misión civilizadora de la Iglesia.

La crónica de Moissac, escrita en el año 801, después de narrar la coronación "hecha con el consentimiento del Senado de los francos e igualmente del de los romanos", afirma: "Esto ocurrió por voluntad de Dios; pues mientras dicho Emperador iba hacia Roma, varias personas le decían que el nombre de Emperador había cesado de usarse entre los griegos, y que el Imperio, entre ellos, era poseído por una mujer, Irene, que se había apoderado con engaño de su hijo, le había arrancado los ojos y tomado el Imperio para ella. Habiendo oído lo cual, el Papa León y todos los Obispos, presbíteros y abades, el Senado de los Francos y los más ancianos entre los romanos fueron de parecer con el resto del pueblo cristiano de nombrar *Emperador a Carlos, Rey de los Francos, visto que dominaba Roma, madre del Imperio, donde los Césares y Emperadores habían siempre acostumbrado a residir.*"

Ideas parecidas se encuentran en el texto de los *Anales de Lauresheim*. Además en la narración del *Liber Pontificalis* se afirma que la causa del unánime acuerdo fué el haber visto "todo el pueblo de Roma cómo el Rey Carlos amaba y defendía la Santa Iglesia Romana". Fué por tres veces proclamado y todos *le escogieron como Emperador de los romanos.*

Es, pues, evidente, que en la mente de todos los contemporáneos el hecho de la coronación fué la base de la restauración del Imperio romano en Occidente; Carlomagno, el soberano que da nombre al Renacimiento de

su época, el guerrero amante de la Iglesia Romana fué el sucesor de Teodosio y Constantino y en definitiva de Augusto.

Hay que observar el profundo sentido que para la unificación de Europa en tal hecho se encierra. Un rey germano era proclamado soberano de Roma, mientras este mismo hecho señalaba la sumisión de los invasores a la entidad política en cuyos territorios irrumpieran siglos atrás. La Iglesia fué la unificadora de la civilización romana y el germanismo. El Papa San León y Carlomagno preparaban la formación de la Cristiandad medieval cuyas bases empezaron a construir en el siglo VI Gregorio el Grande y San Benito. La idea del Imperio, tal como se concibió en el año 800, estaba destinada a persistir a través de toda la Edad Media.

La obra política de Carlomagno, efectivamente, perduró. Es cierto que había de pasar por graves vicisitudes bajo sus sucesores en el poder imperial. Contribuyeron a ellas la falta de talento político de su heredero Ludovico Pío y las rivalidades de sus descendientes y más que nada las circunstancias de la sociedad de la época en su evolución hacia el feudalismo. Pero el título y la autoridad imperiales sobrevivían a las luchas intestinas y aún a las divisiones pactadas en Verdún y Meerssen, que si rompían la unidad territorial de los estados de Carlomagno no hacían desaparecer la idea imperial.

Soberanos de los tres distintos reinos que se crearon por el tratado de Verdún, ciñeron sucesivamente la corona de Emperador de los romanos. Finalmente, el Imperio había de obtener su definitiva consolidación en las regiones de los llamados Francos Orientales, es decir, la actual Alemania, mientras que la exclusión de los reyes de los Francos Occidentales había de ser el origen de la rivalidad secular de la casa real francesa contra los Emperadores del Imperio romano-germánico. La continuación de la idea de Carlomagno fué la obra política de una dinastía procedente de uno de los territorios que más tenazmente conservaba el puro carácter germano, y cuya sumisión había costado a aquél dieciocho expediciones militares en largos años de lucha; esta dinastía fué la casa de Sajonia.

El Sacro Imperio Romano Germánico

Los siglos IX y X, fueron para la civilización europea una época de salto atrás en su camino. El renacimiento iniciado bajo Carlomagno se detuvo, la autoridad imperial y real debilitadas por las luchas iban perdiendo su fuerza; surgía el feudalismo; todo ello unido a la intromisión de esta tiranía feudal en las cuestiones eclesiásticas, a las guerras constantes y a las invasiones normandas y sarracenas fué poniendo en peligro aquella unidad de los pueblos del Occidente que constituyera el ideal de los grandes hombres de los siglos precedentes.

Desde 924, a la muerte de Berengario I, nadie ostentaba ya el título imperial. La tiranía de los señores del centro de Italia se hacía sentir sobre la Santa Sede pretendiendo impedir la libertad de los Pontífices Romanos.

Pero en aquel siglo, que aunque más trágico quizás que el mismo siglo V, no estaba falto ciertamente de los elementos que habían de producir el despertar de Europa en la siguiente centuria (recordemos que en 910 se fundó la Abadía de Cluny) había de tener lugar la restauración y consolidación definitiva de la obra política de León III y Carlomagno.

Otón I de Sajonia fué el soberano que adquirió el prestigio y el poder suficientes para recibir la herencia imperial y restaurar el Sacro Imperio Romano que desde entonces recibiría además el apelativo de germánico. Su matrimonio con Adelaida, viuda del rey Lotario de Italia



Coronación de Carlomagno en Roma
(De un manuscrito antiguo - Siglo XV)

a la que libertó de la tiranía del usurpador Berengario de Ivrea, le dió la corona de Italia y finalmente en el año 962 fué coronado como Emperador por el Pontífice Juan XII. La dinastía de Sajonia en el medio siglo que ostentaría la dignidad imperial contribuyó de manera notabilísima a la gran obra de aquellos siglos, que se ha pretendido hacer célebres por su barbarie: *La creación de los principios de la unidad europea*.

El gran artífice de esta obra fué el genial soñador Otón III. Mucho mejor, para nuestro objeto, que todo lo que pudiéramos decir será citar, para poner fin a estas líneas, el profundo comentario que sobre su figura hace Christopher Dawson en su magnífica obra "*Los orígenes de Europa*".

"Otón III ayuntaba en su persona la doble tradición imperial cristiana en sus formas carolingia y bizantina. Por conducto de su madre y del griego calabrés Filagato recibió las auras de la cultura superior del mundo bizantino, en tanto que su tutor Bernardo Hildesheim, mezcla de estudioso, de artista y de hombre de Estado, encarnaba lo más florido de la tradición carolingia; aparte lo cual, era en gran manera sensible a las más altas manifestaciones culturales del momento, según se muestra por su amistad personal con San Adalberto de Praga y sus relaciones con los más insignes ascetas italianos, San Romualdo y San Nilo.

"Con tales características y con la educación recibida no es de extrañar que Otón III concibiera un imperio más bizantino que germánico y que consagrara su vida a la realización de unos ideales y aspiraciones ecuménicos. En Gerberto, el hombre más sabio y brillante de la época, encontró un espíritu diestro, apto para ayudarle en la empresa a que consagró su vida. Hasta entonces había estado persuadido de la inferioridad de la cultura occidental en comparación con la civilización refinada de los griegos; fué Gerberto quien le demostró que era Occidente y no Bizancio el verdadero heredero de la tradición romana, y quien le estimuló a recobrar la herencia antigua. "No se crea en Italia —escribía Gerberto— que Grecia sola puede vanagloriarse del poder romano y de la filosofía de su emperador ¡El nuestro, sí, el nuestro, es el Imperio Romano! Su poderío se apoya sobre la rica Italia, sobre las populares Galia y Germania y sobre los valientes reinos de los escitas. Nuestro Augusto eres tú, oh, César, el Emperador de los romanos, que salido de la más noble sangre griega, supera a los griegos en poder, domina a los romanos por derecho hereditario, y sobrepasa a unos y otros en saber y en elocuencia.

“Otón contó con la ayuda de Gerberto para llevar a cabo sus planes para la renovación del Imperio y la restauración de Roma al lugar que le correspondía en calidad de ciudad imperial y centro del mundo cristiano... En realidad la política de Otón, aunque carente de resultados políticos, tiene un significado histórico mucho mayor que la de ninguno de los hechos de los políticos contemporáneos, *porque señala el nacimiento de una nueva conciencia europea*. Todas las fuerzas que iban a constituir la Europa medieval se ayuntaban en ella: las tradiciones tanto bizantina como carolingia del Imperio cristiano, el universalismo eclesiástico del Papado... El humanismo carolingio de Gerberto, y la devoción nacional que por la idea romana sentían italianos del tipo de León de Vercelli... Vuelve los ojos a San Agustín y a Justiniano y precede al Dante y al Renacimiento... El ideal de Otón III no fué tan estéril en resultados prácticos como suele creerse, pues los cortos años del gobierno conjunto de Otón y Gerberto vieron los primeros pasos hacia el cristianismo de los nuevos pueblos de la Europa oriental. A su actividad se debe que polacos y húngaros fundasen una organización eclesiástica propia, que era condición indispensable para la independización de sus culturas nacionales. Lo cual marca una modificación vital en la tradición

imperial carolingia. No se concibe ya la unidad de la Cristiandad como unidad basada en una autocracia imperialista, una especie de cesarismo germánico, sino como una comunidad de pueblos libres presidida por el Emperador y por el Papa de Roma”.

Causa de profunda admiración es el observar que por los años en que fenecía aquel siglo X de tan ponderada barbarie presentase la Cristiandad europea tan preciosos elementos de regeneración que iban a producir el maravilloso espectáculo de los primeros años del XI, en que entraron en la Iglesia las naciones de la Europa central y Escandinavia; en casi todos los tronos se sentaron reyes santos, apóstoles de sus pueblos; el espíritu de Cluny restauraba por doquier la disciplina eclesiástica y la autoridad del Pontificado, mientras el renacimiento cultural y artístico hacía surgir en todas las tierras de Europa las primeras abadías románicas. Por desgracia la casa de Franconia había de intentar llevar al Imperio por las vías de To que llama Dawson “cesarismo germánico” con lo que perturbaría la paz con la Iglesia y su propia autoridad. Ello no impidió, sin embargo, que la idea de León III y Carlomagno, de Silvestre II y Otón III constituyera el ideal político que presidiría la Edad Media.

Francisco Canals Vidal

CESARISMO INVASOR

El Imperio se desvía de su vocación

Cuando Constantino, junto a Ponte Milvo, *ad portas* de Roma, aniquilara las huestes de Maxencio, la libertad de la Iglesia fué un hecho. Los Emperadores cristianos se sintieron en la obligación de defender la nueva religión. Pero los sucesores de Constantino, que no habían renunciado a su categoría de Pontífices de los dioses, se creyeron con derecho a inmiscuirse en el gobierno de la Iglesia y aún de cambiar su doctrina. Fué así como el Imperio comenzó a desviarse hacia la herejía y a dar ocasión, desde su sede de Bizancio, a días de gloria para la Iglesia. “Roma había hecho los mártires, Bizancio hace los doctores”.

* * *

La rueda del tiempo gira incesante. En la cumbre del poder político están asentados ahora los Emperadores de la casa de Franconia. Bajo su gobierno el Imperio falsea, de nuevo, su vocación de defensor de la fe, y se trueca en usurpador de los derechos de la Iglesia, y en corruptor de la Cristiandad. Una lucha terrible sobreviene entre el Pontificado y el Imperio, que informó la Edad Media y revistió diversos caracteres.

En nuestro artículo describiremos dos episodios que concretan dos fases de esta lucha ideológica: La guerra de las investiduras y el imperialismo de Federico Barbarroja. En ambos casos la soberanía temporal chocó con la pontificia y hubo de doblegarse; porque ni Enrique IV triunfó en la querrela de las Investiduras, antes al contrario hubo de acudir a su propio contrincante, el Pontífice, y humillarse en Canossa, para recobrar su perdido imperio, ni Federico Barbarroja dominó en la ciudad Leonina, ni en Roma, ni en los feudos pontificios, antes al contrario, tras la humillación de Venecia, reproducida en un bello fresco por Zuccari, hubo de reconocer la in-

dependencia de las ciudades lombardas que el Pontífice lograra liberar.

I. CANOSSA

Nuestra historia tiene lugar en el crudo invierno del año 1077 en el palacio condal de Canossa.

Era Canossa una fortaleza edificada, sobre inexpugnable roquedal, en el marquesado de Toscana. Los hados habíale ya deparado una historia atrayente, casi legendaria, cuando por los días en que aún reinaban los lombardos sirviera de refugio a la princesa Adelaida perseguida por el cruel Berengario.

Pero en los días de la condesa Matilde, en pleno siglo XI, fué escenario de un acontecimiento trascendental, de algo que quedó grabado en la mente de muchas generaciones, tantas, que el propio Bismark —esto en el pasado siglo— todavía exclamaba: “*Zu Canossa gehen wir nicht*”. Porque allí, el poder secular más prestigioso de entonces pagaba las consecuencias de una política des acertada.

Un viejo manuscrito —conservado hoy en la Vaticana —nos representa al emperador arrodillado impetrando la intercesión de la condesa Matilde y del Abad de Cluny. Pero ¿qué causa indujo a Enrique, en lo más crudo del invierno cuando el Sol se oculta tras la constelación de Aquario y los hielos cubren el camino, a emprender tan costosa peregrinación, atravesando Mont-Cenis, en dirección a Roma?

Las investiduras

La Edad Media se caracterizó por un fenómeno común a todos los pueblos del occidente europeo: el *Feudalismo*. Sin embargo, existía una institución que era como la expresión de la unidad de los pueblos cristianos: el

Sacro Romano Imperio, confirmación de la alianza entre la Iglesia y el Estado.

Porque desde la vinculación de la corona imperial en la persona del rey de los Francos; y aún posteriormente con el imperio de los Otones, nadie pensó en separar las esferas respectivas de la potestad eclesiástica y la civil, del Papa y el Emperador, con la convicción que gobernarían de una manera armónica y conjunta sin que por ello pudiera surgir incidente alguno. Pero no fué así, porque el sistema feudal imperante por entonces trajo consigo un grave inconveniente, la *confusión de poderes*, que a la larga hizo provocar el conflicto.

Esta confusión de poderes fué causa de que la Iglesia atravesara una época difícil, ya que los obispos y abades recibían juntamente con el beneficio eclesiástico un poder temporal, lo que hacía llevar a algunos de ellos una vida poco en consonancia con su ministerio, viviendo como verdaderos señores feudales y ambicionando los beneficios eclesiásticos, si no por devoción, cuando menos por las rentas que les procuraban; es más las compraban para luego revenderlas. A esto se llamó *simonía*.

Ante situación tan calamitosa surgió una reacción cuyo foco fué la Abadía de Cluny; y en 1073, un monje de aquella orden llamado Hildebrando fué elegido Papa, con el nombre de Gregorio VII.

Su primera preocupación consistió en emancipar la Iglesia del poder temporal, para lo cual se imponía el suprimir la investidura espiritual por parte de los príncipes laicos.

En efecto, según la costumbre jurídica de aquellos tiempos, la investidura tenía por finalidad dar a alguien la posesión de un beneficio, y esto se llevaba a término mediante una formalidad, que se remontaba a la época romana, consistente en la entrega de un objeto alegórico de lo que se iba a dar en posesión; así mediante un puñado de tierra se entregaba la posesión de un fundo, etc. Para la entrada en posesión de un obispado u abadía el señor feudal entregaba el anillo pastoral y la Cruz.

Este hecho trajo consigo tres consecuencias: un derecho de patronaje para los beneficiarios de las iglesias; la entrada de los obispos y abades en la jerarquía feudal; y la confusión de la función espiritual con el cargo eclesiástico. De aquí las gravísimas consecuencias que llevó consigo el tráfico de las funciones sagradas. Y lo peor del caso era que los obispos y abades *simoníacos*, para defenderse de los decretos reformadores, acudían a los príncipes que les habían nombrado para que les sostuvieran.

Para evitarlo, Gregorio hizo redactar, en 1075, unos célebres principios titulados "*Dictatus Papae*", en los cuales conminaba a los príncipes contemporáneos a que renunciaban al tráfico de las investiduras. Caso de no observar esta conminación, les amenazaba con desligar a sus súbditos del juramento de fidelidad, de acuerdo con el principio XXVII que afirmaba "*quod a fidelitate iniquorum subiectos potest absolvere*", y que les depondría, "*quod illi liceat deponere*".

Asimismo convocó un sínodo cuyo texto, conservado por el cronista abad Hugo de Flavigny, decía "quienquiera, de ahora en adelante, reciba de manos de un laico un obispado o una abadía, no será contado entre el número de los obispos y abades. Le prohibiremos la comunión del bienaventurado Pedro y la entrada en las iglesias, en tanto que no renuncie a su dignidad. Hacemos extensiva esta prohibición igualmente a los cargos inferiores. Así mismo, si un Emperador, duque, marqués, conde, o algún poder o persona laica osa entregar la investidura de un obispado o de alguna otra dignidad eclesiástica, que sepa que es alcanzada por la misma condena".

Sus efectos fueron inmediatos. Así en el *Registrum* de Gregorio, haciendo alusión al sínodo de 1075, se hace



La humillación de Canossa
(Manuscrito Vaticano)

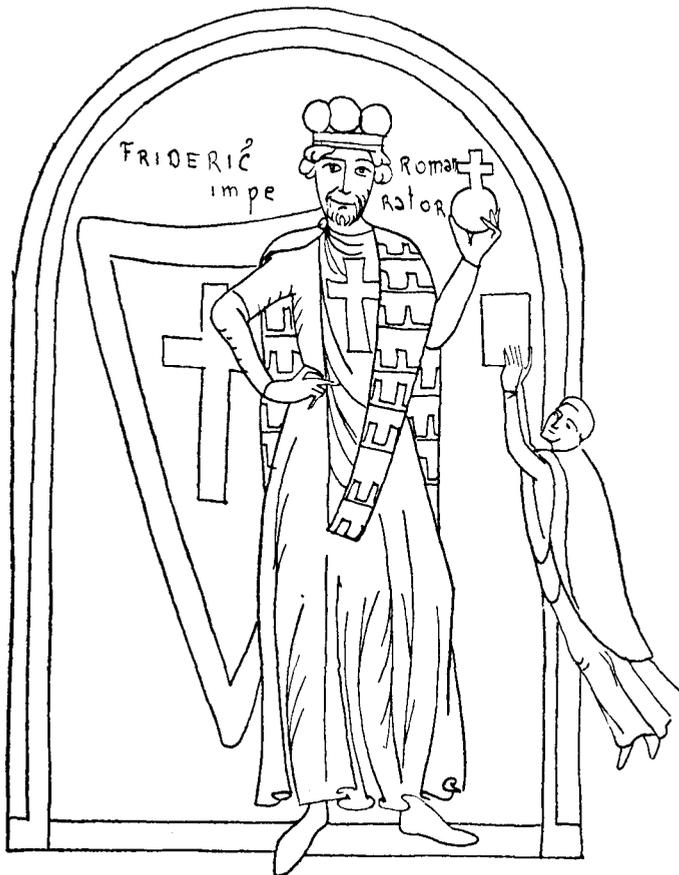
referencia a "diversos decretos que fueron promulgados por esta asamblea, uno de los cuales separaba de la Iglesia a cinco familiares del rey de Germania, por ser los promotores del enriquecimiento por venta de las iglesias". Prohibición que Gregorio hizo extensiva al Emperador, con el cual el Pontífice se esforzara para llegar a un acuerdo sobre el problema creado por las investiduras. Pero Enrique no respetó tal conminación, continuando dispensando los beneficios y fingiendo ignorar el decreto del sínodo romano.

En vista de ello, Gregorio le envió un admonitorio amenazándole, de no deponer su actitud, con la excomunión. Enrique reunió una Dieta en Worms, en la cual se mostró levantisco y acusó a Gregorio "de falso monje y no Papa", a lo que el Pontífice respondió desligando a sus súbditos de su autoridad, y excomulgándole. Esto no hizo más que soliviantar a Enrique que al recibir la noticia de su excomunión, el sábado Santo de 1076, respondió de una manera inaudita, y, por boca del prelado de Utrech hizo pronunciar en el Pontifical del día siguiente una anatema contra Gregorio llamándole "perjurero, adúltero y falso apóstol".

...A CANOSSA

Con ello volvemos de nuevo a Canossa. Tenemos ante nuestra vista la escena que ya hemos descrito, siguiendo la ilustración del viejo manuscrito. Procurémosle dar vida.

Gregorio había propuesto al Emperador la reunión de una Asamblea en Augsburgo en donde se discutirían los problemas y pensaba que se concluiría el conflicto. Fué con este designio que en los primeros días del año 1077 se encontraba Gregorio atravesando los Apeninos, en territorio de su feudataria la condesa Matilde, cuando le llegó la nueva de que el monarca germano, atravesando los Alpes, se dirigía a Roma.



Federico Barbarroja

Grande fué el asombro de Gregorio y ante la indecisión y la inseguridad del tiempo, que amenazaba lluvioso, consintió en acceder a las proposiciones de Matilde dirigiéndose a Canossa en cuyo castillo, "rodeado de triple muralla de cuyo seno brotaba un haz de torres" halló refugio el atribulado Pontífice.

Apenas allí instalado Gregorio, cuando vió llegar a un grupo de obispos y señores alemanes, los cuales intercedieron cerca del Abad de Cluny y de la Condesa para obtener el perdón de su señor, quien igualmente se había llegado hasta las proximidades del castillo.

Pero dejemos la palabra al propio Gregorio VII que nos ha conservado entre sus escritos la sombría escena del invierno del 1077: "Tres días él (Enrique) permaneció ante la puerta del castillo, sin insignia real alguna, los pies descalzos, con vestido de penitente, no cesando de implorar nuestra misericordia con tal vehemencia y llanto que fueron conmovidos por ello cuantos lo vieron y lo supieron. Todos éstos se pusieron a interceder por él con muchos ruegos y lágrimas maravillándose de la insólita dureza de nuestra manera de proceder, diciendo que no había en Nos la austeridad del rigor apostólico, sino la crueldad de tiránica fiereza. Finalmente, por lo sólido de su compunción y por las grandes súplicas de los que allí estaban, absuelto el lazo de la anatema, lo acogimos en la gracia de la Comunión y en el seno de la Santa Madre Iglesia previas ciertas garantías dejadas por escrito, de las cuales se hicieron responsables el abad de Cluny, nuestras hijas Matilde y condesa Adelaida y los otros Príncipes, obispos y legos que Nos parecieron oportunos".

Así terminó para Enrique la aventura de las investiduras. Es verdad que el conflicto surgió nuevamente, dado el carácter desleal del emperador, pero lo que representó la humillación de Canossa fué indiscutiblemente la debilitación del poder imperial y el robustecimiento de la soberanía pontificia, y a la larga la Iglesia consiguió emanciparse del yugo usurpador de los Emperadores cuando

en 1122, por el concordato de Worms, el emperador renunció "a la investidura espiritual por el báculo y el anillo, reservándose la temporal por el cetro y la espada". Este triunfo de la Iglesia forjado por la política ambiciosa y equivocada de los emperadores, fué logrado a costa de un grave detrimento para la Cristiandad: el haberse malogrado la salvadora coordinación de poderes que tenía por símbolo la unión de las dos espadas.

II. RONCAGLIA-LEGNANO

El Cesarismo invasor

El episodio de Canossa había perdido su actualidad. La querrela por las investiduras puede decirse que finalizó con la muerte de Gregorio VII y Enrique IV. Pero un nuevo lance viene a renovar la tremenda lucha entre el Pontificado y el Imperio. Porque lo que ahora se va a discutir es la independencia temporal de los Estados Pontificios.

En el pórtico de la nueva escena surge un nuevo emperador; se llamó Federico Barbarroja y era de la casa de los Hohenstaufen. De él poseemos un retrato en pergamino, donde aparece caballero cruzado, cubierto de amplia toga sobre la que se destaca su barba rojiza que enmarca una tez blanca y unos ojos azules. En su mano izquierda sostiene el Globo imperial hasta ahora conservado en Nuremberg.

Este grabado es lo bastante expresivo para reconocer la universalidad de la ambición de Federico. Y esta ambición señalará la nueva fase de la lucha, porque sometida Roma a la autoridad del Papa, quiso Federico recabar para sí la soberanía, como lo indicó a una representación del Senado Romano, cuando dirigiéndose al intérprete dijo: "Yo soy el sucesor de Carlomagno y Otón el Grande, y como tal dueño legítimo de Roma. ¿Crees tú que sea posible a cualquiera arrancar la maza de las manos de Hércules?".

El conflicto estaba planteado. Una simple carta del Pontífice fué suficiente para romper el freno de las ambiciones de Federico. Adriano IV se quejaba de la actitud del emperador frente a determinado asunto eclesiástico: "Yo no puedo explicarme —le escribía— el motivo de tu indiferencia. Tú ya sabes qué cantidad tan grande de dignidad y gloria te ha procurado (*contulerit*) tu Santa Madre la Iglesia. Nos mismo habríamos tenido el placer de concederte mayores beneficios (*beneficia*) más preciosos todavía, si hubiere sido preciso".

Esta carta era leída a Federico por su canciller Rinaldo de Dassel, pero éste, aprovechando el sentido oscuro de las palabras "*contulerit*" y "*beneficia*", las tergiversó, diciendo que el Pontífice en su carta aseguraba que el Emperador ostentaba la dignidad imperial como beneficio, lo cual equivalía a decir que el Imperio era un feudo pontificio, pues que éste era el sentido que en determinadas ocasiones tenía la palabra "*beneficia*".

Esto ocurría en 1157 y la desazón de Federico llegaba a su apogeo. El Pontífice despachó nuevas letras en las que se aclaraba el significado de aquellas palabras. Pero si hubo momentánea conciliación, eran tan grandes las divergencias surgidas que el rompimiento podía ser provocado por el acontecimiento más trivial.

Porque el incidente con el Pontífice dió alientos a Federico para llevar más lejos sus ambiciones. Ahora quiso apoyarse en los principios jurídicos de la antigua Roma para robustecer su posición. Y tanto fué así que la doctrina de los juristas boloñeses sirvió para reconstruir la omnipotencia imperial.

Federico reunió en 1158 una dieta en Roncaglia don-

de los legistas confeccionaron el código llamado de Roncaglia en donde consignaron las prerrogativas y regalías que al Emperador correspondían en Italia, regalías que ya antes habían correspondido al rey de los Lombardos y que ahora disfrutaban los municipios de la Lombardía.

En el código de Roncaglia cristalizó la ambición política de Federico, no sólo porque así constaba en un fragmento, extraído de las Pandectas, que le llamaba "dominador del mundo entero", sino porque basándose en él, un obispo hizo el comentario que transcribimos: "La facultad de hacer las leyes pertenece a vos únicamente. Vuestra voluntad es el derecho, pues lo que place al Príncipe tiene fuerza de ley", principio basado en el aforismo romano "*quod principi placuit legis habet vigorem*". La libertad de los municipios italianos estaba amenazada.

Durante veinte años prosiguió la lucha por la independencia de las ciudades lombardas y por la herencia de la condesa Matilde, a cuya posesión aspiraba el Emperador fundándose en lo estipulado por el código de Roncaglia.

El Emperador no cejó en ningún procedimiento para triunfar en su empeño, no renunciando incluso a manejos secretos con el Senado Romano a fin de sobreponerse a la autoridad del Papa. Adriano IV tuvo que retirarse a Agnani y desde allí escribió al Emperador: "Reflexiona, reflexiona. Tú has recibido de nosotros la unción y la corona. Ambicionando lo que no te pertenece puedes perder lo que te corresponde", a lo que respondió el Emperador: "Todos los derechos de regalía que posee el Papado, los disfruta gracias a la liberalidad de los Príncipes".

La muerte sorprendió al Pontífice al recibir esta carta, justamente cuando iba a lanzar la excomunión contra Federico. Pero en este instante la lucha entre el Pontificado y el Imperio entraba en una nueva fase con Alejandro III. Comenzó en 1160 y alcanzó una amplitud e importancia todavía mayor que la querrela de las investiduras.

Como escribe un autor, esta lucha se nos presenta entre dos extremos: "De un lado es un soberano alemán,

apoyado en los legistas, que pretende hacer revivir en su provecho, e imponer, si ello es posible, al mundo entero, el absolutismo imperial de la antigua Roma —ciertamente que en Federico sobrevivía la idea del imperio universal tal como lo imaginaran Constantino, Teodosio y Justiniano—; del otro, es un Papa que tiene por aliados las ciudades que se han alzado en defensa de sus libertades municipales".

La lucha revistió suerte alterna. Primeramente pareció que el Emperador iba a conseguir sus deseados objetivos, al sitiar en 1167 las murallas romanas y tras ocho días de lucha penetrar en la ciudad, incendiando la Iglesia de San Pedro.

Pero la fortuna no le favoreció mucho tiempo. Una peste terrible diezmó sus fuerzas —un historiador ha dicho que el ángel de la muerte le perseguía durante su retirada—. Las ciudades italianas reagrupadas en la Liga lombarda, derrotaron a Federico en Legnano en 1176 ocasionándole grave quebranto. La paz se hacía esperar y llegó finalmente en 1177 con la de Venecia estipulada con el Papa y con la de Constanza, esta última en 1183, con los municipios italianos.

Por esta paz Federico reconoció la legitimidad de Alejandro III y renunció a sus ambiciones sobre los fondos de la condesa Matilde. Es más, en una solemne asamblea el Emperador hizo las siguientes manifestaciones: "Reconozco que la autoridad imperial no me ha preservado del error. He sido engañado por falsos consejeros, y, una vez engañado, he perjudicado gravemente a la Iglesia, que yo pretendía defender. La he dividido. Pero vuelvo nuevamente al seno de esta Iglesia. Reconozco al Papa Alejandro III como Pontífice supremo y como Padre. Y concluyo al punto la paz con la Iglesia, con el rey de Sicilia y con los Lombardos".

Las aguas del río Cidno, que quizá fueron para Federico, camino de la Cruzada, un segundo bautismo, pudieron lavar, tal vez, sus crímenes personales; pero no devolver la fecundidad a la idea vital del Imperio, esterilizada por los excesos de los Emperadores, y por los principios cesaristas de los jurisconsultos de Bolonia.

Luis M.^a Figueras Fontanals

Antes de la venida de Jesucristo ocurría que ciertos reyes eran al mismo tiempo sacerdotes, como dice la Historia Sagrada que fué el santo Melquisedech, lo cual imitó el diablo en sus miembros, intentando siempre vindicar para sí con espíritu tiránico lo que se refiere al culto divino haciendo que los emperadores paganos se llamasen al mismo tiempo pontífices máximos. Pero cuando se llegó al verdadero y único rey y pontífice, ni el emperador arrebató los derechos del pontificado, ni el pontífice tomó el nombre de emperador, puesto que el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, separó los oficios de una y otra potestad con actos propios y distintas dignidades, queriendo elevar con la propia medicinal humildad y no sumergir en los infiernos con la soberbia humana, de modo que los emperadores cristianos necesitasen de los pontífices para la vida eterna, y los pontífices usasen de las leyes imperiales solamente para la vida temporal: con objeto de separar la acción espiritual de los embates de la carne.

Nicolás I (Epístola 86 a Miguel, Emperador de Oriente)

IL CINQUE MAGGIO

Por Alessandro MANZONI

*Ei fu. Siccome immobile,
Dato il mortal sospiro,
Stette la spoglia immemore
Orba di tanto spiro,
Così percossa, attonita
La terra al nunzio sta,*

*Muta pensando all'ultima
Ora dell'uom fatale;
Nè sa quando una simile
Orma di piè mortale
La sua cruenta polvere
A calpestar verrà.*

*Lui folgorante in solio
Vide il mio genio e tacque;
Quando, con vece assidua,
Cadde, risorse e giacque,
Di mille voci al sonito
Mista la sua non ha:*

*Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio,
Sorge or commosso al subito
Sparir di tanto raggio;
E scioglie all'urna un cantico
Che forse non morrà.*

*Dall'Alpi alle Piramidi,
Dall'Manzanarre al Reno,
Di quel sicuro il fulmine
Tenea dietro al baleno;
Scoppiò da Scilla al Tanai,
Dall'uno all'altro mar.*

*Fu vera gloria? Ai posteri
L'ardua sentenza: nui
Chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
Del creator suo spirito
Più vasta orma stampar.*

*La procellosa e trepida
Gioia d'un gran disegno,
L'ansia d'un cor che indocile
Serve, pensando al regno;
E il giunge, e tiene un premio
Ch'era follia sperar;*

*Tutto ei provò: la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria,
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sull'altar.*

*Ei si nomò: due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi a lui si volsero,
Come aspettando il fato;
Ei fe' silenzio, ed arbitro
S'assise in mezzo a lor.*

*E sparve, e i dì nell'ozio
Chiuse in sì breve sponda,
Segno d'immensa invidia
E di pietà profonda,
D'ineffabile odio
E d'indomato amor.*

*Come sul capo al naufrago
L'onda s'avvolge e pesa,
L'onda su cui del misero,
Alta pur dianzi e tesa,
Scorrea la vista a scernere
Prode remote invan;*

*Tal su quell'alma il cumulo
Delle memorie scese!
Oh quante volte ai posteri
Narrar sè stesse imprese,
E sull'eterne pagine
Cadde la stanca man!*

*Oh quante volte, al tacito
Morir d'un giorno inerte,
Chinati i rai fulminei,
Le braccia al sen conserte,
Stette, e dei dì che furono
L'assalse il sovvenir!*

*E ripensò le mobili
Tende, e i percossi valli,
E il lampo de'manipoli,
E l'onda dei cavalli,
E il concitato imperio,
E il celere ubbidir.*

*Ahi! forse a tanto strazio
Cadde lo spirto anelo,
E disperò; ma valida
Venne una man dal cielo,
E in più spirabil aere
Pietosa il trasportò;*

*E l'avviò, pei floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio
Che i desiderî avvanza,
Dov'è silenzio e tenebre
La gloria che passò.*

*Bella Immortal! benefica
Fede ai trionfi avvezza!
Scrivi ancor questo, allegri;
Chè più superba altezza
Al disonor del Golgota
Giammai non si chinò.*

*Tu dalle stanche ceneri
Sperdi ogni ria parola:
Il Dio che atterra e suscita,
Che affanna e che consola,
Sulla deserta coltrice
Accanto a lui posò.*

EL CINCO DE MAYO

La muerte de Napoleón no se supo en Milán hasta el dieciséis de julio de 1821. Apenas llegada a sus oídos la noticia Manzoni, se encerró en su estudio y se puso a escribir rápidamente, componiendo entre este día y los dos siguientes esta oda que considerada por él como casi improvisada debía darle fama de gran poeta.

El Cinque Maggio circuló al principio manuscrita porque la censura «aconsejó» al autor que no la publicara, pero tuvo amplia difusión no sólo en Milán e Italia, sino también en el extranjero. Se sabe que una copia llegó hasta Goethe, el cual la admiró muchísimo y publicó una traducción en 1822.

*MURIÓ. — Cual yerto quédase,
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano,
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.*

*La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cardeno
Polvo de su camino
Pie de mortal imprimase,
Que lo semeje ya.*

*Le vi en el trono fúlgido
Y fué mi lengua muda;
Cayó, se alzó, y postráronle
Por fin en lid sañuda;
Y al recio grito múltiple
Voz no añadí jamás.*

*Virgen de injuria pérfida
Y encomio lisonjero,
Mi Musa, cuando súbito
Se oculta el gran lucero,
Rinde a la tumba un cántico,
No efímero quizás.*

*Del Alpe a las Pirámides,
Del Rhin al Guadarrama,
Lanzó tras el relámpago
Él la celeste llama;
Hirió de Scila el Tánaïs,
Y del uno al otro mar.*

*Si esto fué gloria, júzguelo
Futura edad; la nuestra
Humillese al Altísimo,
Que dilatada muestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.*

*El zozobroso júbilo
Que un gran designio cría,
Los indomables impetus
De quien reinar ansía,
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar.*

*Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
La fuga y la victoria;
Se vió dos veces ídolo,
Dos pereció su altar.*

*Dos siglos combatíanse
Cuando su voz oyeron,
Y a él como a ley fatídica
Sumisos acudieron:
Callar les hizo, y árbitro
Sentóse entre los dos.*

*Y de honda envidia y lástima
Objeto en su caída,
Cerrado en breve círculo
Desperdió su vida,
Odio y amor sin límite
De sí dejando en pos.*

*Envuelve y hunde al naufrago
Ola que, alzándose antes,
Dejaba que en el piélago
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
Tierra distante de él.*

*Así abismaba al héroe
Tanto recuerdo amargo:
Él de historiarse impúsose
Mil veces el encargo,
Y mil cayóle inválida
La mano en el papel.*

*Mil veces, ¡ay! al tétrico
Fin de inactivo día,
Bajas las ígneas órbitas,
Brazos con pecho unía,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.*

*Y vió las tiendas móviles,
Y armas la luz volviendo,
Y el galopar beligeró
Valles henchir de estruendo
Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.*

*Quizás, ¡ay! de la pérdida
Rendido al desconsuelo,
Desesperó; mas pródiga
Mano llegó del cielo,
Y a la región vivífica
Piadosa le llevó.*

*Donde floridos tránsitos
Ofrece la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio sin fin se alcanzara,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.*

*Bella, inmortal, benéfica
Fe, por doquier triunfante,
De un nuevo triunfo alégrate:
Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
Nunca se doblegó.*

*Libra los restos flébiles
Tú de injurioso acento:
Dios que alza y postra, dándonos
Tribulación y aliento,
Ya solitario el tímulo,
Al lado vigiló.*



La atomización del Imperio

El aríete de Lutero

A fines del siglo XV surge en Alemania, como en otras partes el hecho que ha sido llamado el Renacimiento. La floración artística y literaria alcanza un nivel semejante al de Italia. Surgen figuras de primera magnitud: Alberto Durero, Lucas Cranach, Erasmo, Hans Sachs, etc.

Al igual que en Italia, el Renacimiento alemán toma dos corrientes distintas: una ortodoxa y otra heterodoxa, paganizante.

Sin esta orientación pagana dirigida contra Roma y el Papado, so capa de pedir la reforma de la Iglesia, y que le allana el camino, no es comprensible la figura y la acción de Lutero.

Este, y los humanistas antipapistas (Ulrico de Hutten, Melancton, etc.) junto con Franz von Sickingen, prototipo de los caballeros ladrones, forman en seguida una apretada piña y se entienden a maravilla. En 1519 lanza Lutero su famoso grito "Los von Rom!" (¡Fuera Roma!) y tratan de apoyarse en el Emperador para emprender su lucha contra Roma.

Pero el Emperador, Carlos V, se mantiene firme en su ortodoxia y no les sigue en su camino. Entonces, todas las adulaciones tributadas al Jefe del Imperio se truecan en furia y amenazan decididamente con la revolución. Se vuelven anarquistas, Lutero en cabeza, a la lucha contra Roma añaden la lucha contra el Imperio. Hay que destruir la gran obra hija del papado y descendiente del Imperio Universal romano. Nos sería muy fácil multiplicar los textos; Jansen los trae por docenas.

Pero la revolución, la guerra social, estalla con violencia inaudita. Los labradores cometen atropellos sin número, aparecen las sombrías escenas de Munster con sus anabaptistas y otras muchas. Lutero se espanta y ve que el anarquismo le lleva por mal camino. Entonces cambia bruscamente de ruta y sostiene que los señores, no el Emperador únicamente, tienen derecho a imponer por la fuerza "la verdad Evangélica" a sus gobernados.

Los príncipes alemanes oyen esta declaración encantados, pues les permite sofocar el peligroso movimiento, erigirse en pequeños pontífices y apoderarse de las riquezas eclesiásticas enclavadas en sus dominios.

Bien pronto todo el Norte de Alemania es protestante y su primera fuerza expansiva va creciendo con la Liga de Smalkalda. La unidad del Reich está rota irremisiblemente.

El Emperador, después de muchas vacilaciones y transacciones, se ve obligado, ante la actitud de los señores protestantes, a recurrir a las armas. La victoria de Mühlberg, durante la cual se dijo que el sol se detuvo para dar tiempo a que los católicos destrozaran definitivamente a los protestantes, pone al nuevo movimiento en manos del Emperador. Pero entonces, cuando empezaban las reuniones del Concilio de Trento, Mauricio de Sajonia traiciona al Emperador, el cual, en pleno invierno y enfermo, se ve obligado a huir de Innsbruck.

En 1555, Fernando en representación de Carlos V, estipula con los protestantes la paz de Augsburgo. En ella se reconoce oficialmente la existencia del luteranismo y la independencia práctica de los señores. Se erige el

principio "cujus regio ejus religio". Esta paz será la base de las relaciones entre católicos y protestantes, hasta el año 1618.

Carlos V, amargado y derrotado, abdica en Bruselas y se retira a Yuste. El Imperio ha recibido un golpe gravísimo que le han asestado los protestantes, pero estos aun no pueden cantar victoria. Durante sesenta y cinco años unos y otros estarán a la expectativa preparándose para la lucha suprema que tarde o temprano ha de estallar. Esta fué la guerra de los treinta años.

La decadencia del Imperio

¡La guerra de los treinta años! ¡Uno de los episodios de la historia en que más inspiración ha hallado el arte! Desde el cuadro de las lanzas, de Velázquez, hasta la trilogía Wallenstein, de Schiller, centenares de pinturas, estatuas y novelas han tomado en ella su argumento.

La época de oro de los lansquenets y de los ejércitos mercenarios de una parte, y de otra, un grupo de figuras ilustres en la milicia y de gran sabor romántico: Hans von Werth, Wallenstein, Tilly, Gustavo Adolfo, Piccolomini, Condé, Turena, Spínola. Quizá en ninguna época de la historia florecieron un tal número de generales de primera categoría.

Y reyes y diplomáticos grandes: Fernando II, Maximiliano de Baviera, Richelieu y Mazarino, el Conde-Duque, Oxenstierna, Urbano VIII.

* * *

En realidad es la guerra europea de religión, aunque por parte de los enemigos del Imperio, principalmente, intervienen intereses políticos.

Desde 1555, fecha de la absurda paz de Augsburgo, bien o mal, mejor dicho, más bien mal que bien, se había mantenido el equilibrio religioso en el Imperio. Iniciada la Reforma Católica y celebrado el Concilio de Trento se emprendió decididamente la lucha contra la Reforma Protestante obligándole a retroceder. El punto de partida fué Baviera y Austria, y sus principales adalides los jesuitas; San Pedro Canisio es la figura más representativa.

Los problemas habían sido muy numerosos, aumentados algunos de ellos por la ambigua actitud de Maximiliano II y la debilidad de Rodolfo y Matías, por lo cual los choques entre católicos y protestantes revistieron cada vez mayor gravedad.

Los protestantes se organizan y se preparan a la lucha mediante la creación de la "Unión Protestante" a lo cual responden los católicos con su "Liga", encabezada por el duque Maximiliano de Baviera, a cuyas órdenes servía el excelente, aunque ya viejo, general Tilly.

Fernando de Estiria, de la rama menor de los Habsburgo, es nombrado rey de Bohemia, y por lo tanto, presunto sucesor al Imperio, ya que Matías no tenía hijos. Católico ferviente y uno de los campeones de la Reforma Católica, este nombramiento causa gravísima inquietud a los protestantes. Al fin llega la sublevación de Federico V del Palatinado, yerno de Jacobo I de Inglaterra, y la de los bohemios, 1618.

El Emperador recoge el guante y la guerra empieza. La religión sirve de bandera a cada uno de los partidos.

De una parte hallamos al Emperador apoyado en sus dominios hereditarios y la mayoría de príncipes católicos de Alemania y sobre todo cuenta con la poderosa ayuda

de los Habsburgo, reinantes en España, todavía en el cénit de su poder. "¡Cuando España se mueve tiembla el mundo!"

Por el otro lado van entrando sucesivamente en la lid además de los palatinos y bohemios los señores alemanes protestantes, Holanda, Dinamarca, Suecia, Francia e Inglaterra, si bien ésta no de una manera franca.

Pese a los intereses políticos y dinásticos no deja de ser esencialmente una guerra de religión. La existencia del Catolicismo y del Protestantismo se halla pendiente de ella.

Repetidas veces la victoria pareció decidida a favor del Emperador, es decir, de los católicos. Después de Weissenberg y después de derrotar al rey de Dinamarca. Tanto es así que se publica el Edicto de Restitución por el cual se obliga a los señores protestantes a devolver los feudos eclesiásticos que habían secularizado.

Con la entrada en guerra de Suecia, a sueldo de Francia y acaudillada por su rey, el genial Gustavo Adolfo, sin duda alguna una de las mayores figuras militares de todos los tiempos, entra la guerra de los Treinta Años en una fase singularmente atormentada y cuyo ritmo seguirá hasta casi su fin.

La guerra ruge por toda la Europa Central. Es una pesadilla de saqueos, asaltos y batallas. Ciudades tomadas, perdidas, vueltas a tomar y vueltas a perder. Y por todas partes muerte y ruinas.

Gustavo Adolfo y Wallenstein, los dos geniales adversarios se encuentran frente a frente por primera y última vez en Lützen (1632). Gustavo Adolfo resulta vencedor, pero paga la victoria con la vida. Un suspiro de alivio debió salir del pecho de los católicos al conocer la muerte de su más formidable adversario. Pero su Canciller Oxenstierna y sus generales: Baner, Horn, Torstenson, siguen la lucha hasta que por fin se encuentran en batalla decisiva las tropas sueco-alemanas con una división francesa (Francia, oficialmente neutral, apoyaba con dinero y hombres a los protestantes) con las hispano-austro-bavaresas, dirigidas por el rey de Bohemia, el futuro Fernando III y por su primo el gran General Cardenal, Infante Arzobispo de Toledo, don Fernando, hermano del rey Felipe IV de España.

Es la batalla de Nordlinga. La gloria de los invencibles tercios españoles brilla por última vez (1636).

Los protestantes son completamente derrotados. Pero hay más. De nuevo el Protestantismo estaba perdido. El Emperador Fernando II podía imponer las condiciones que hubiera querido y no hay duda que la autoridad imperial robustecida hubiera dado fin al Protestantismo y a la anarquía y desgobierno de Alemania, con más de 200 señores prácticamente independientes.

El Protestantismo estaba vencido. Luteranos y calvinistas serán barridos de Europa que volverá a tener un solo Papa y un solo Emperador. El Imperio realizará magníficamente su misión de defensor de la Fe.

Pero es aquel el momento que escoge Francia, la Hija Primogénita de la Iglesia, dirigida por Luis XIII y el Cardenal Richelieu, para lanzar a la balanza el peso de su espada y terminar el pleito más que secular que se ventilaba entre la casa de Francia y los Habsburgo.

Después de un principio desfavorable, el Príncipe de Condé, el gran Condé de las historias francesas, alcanzará sobre los españoles la victoria de Rocroy (1644). Allí quedaron destrozados los hasta entonces invencibles tercios que aun en aquel terrible trance se mostraron dignos de sus antepasados. "¡Contad los muertos!" orgullosa respuesta de un soldado español a Condé, cuando le preguntaba el número de soldados de su regimiento.

El Imperio agotado y prácticamente vencido se ve obligado a firmar la paz. Es la famosa paz de Westfalia (1648).



Gustavo Adolfo

(Por Antón Van Dyck)

En esta paz se reconocen en Europa, y en un pie de igualdad, tres confesiones religiosas: la católica, la luterana y la calvinista. Numerosos principados eclesiásticos son secularizados, el Emperador y la mayor parte de los grandes señores católicos pierden parte importante de sus dominios, pero sobre todo impera en Alemania, para dos siglos más, la atomización de los Estados, cada vez más independientes de hecho, y por tanto la anarquía. La población de Alemania es tan sólo una tercera parte de la que tenía treinta años antes.

Este fué el fruto de la guerra de los Treinta Años y de la desdichada intervención de Francia. Con razón el Papa, Inocencio X, protestó oficialmente por esta paz laica.

Pero hay otra consecuencia importante. Arrastrado, muy a pesar suyo, al torbellino de la guerra, el Elector Marqués de Brandeburgo va a ser el gran vencedor de la misma. Recoge la herencia de Gustavo Adolfo y se constituye en cabeza y protector del luteranismo, iniciando así el camino de engrandecimiento que ha de llevarle a la constitución del Reino de Prusia y segunda cabeza de Alemania hasta que Bismarck consigue que Berlín sustituya a Viena.

Alemania dividida en multitud de Estados independientes, muchos de ellos de poquitos centenares de kilómetros cuadrados y algunos millares de habitantes, se halla en la anarquía más absoluta. El poder del Emperador es nulo, y por otra parte los señores se ponen fácilmente de acuerdo para ir arrancando los restos de la menguada autoridad que aún le quedaba.

No obstante el prestigio de su título, que en concepto de sus contemporáneos era casi dos veces milenario, era grande. Y lo prueba el hecho siguiente:

En 1683 Luis XIV está en la cumbre de su poder y los turcos sitian Viena. El rey Sol deseaba la derrota de los austriacos, para que lo nombraran a él Emperador y entonces acudir en socorro de los cristianos. Pero sin su ayuda se alcanzó la definitiva victoria de Viena, lo cual

puso de tan mal humor a Luis XIV que tardó tres días en comunicar a su corte el resultado de la batalla. Así lo refiere el Duque de Saint-Simon.

En el siglo XVIII Prusia crece cada vez más. Federico II, el Grande, arrebató Silesia a María Teresa. Austria se repliega en sí misma, humillada, abandona su misión de directora del Imperio y sus monarcas se convierten, insensiblemente tal vez, en Emperadores de Austria. Sigue el Imperio por la inercia de las cosas, esperando el golpe que ha de abatirlo definitivamente. Es la hora de Napoleón.

En resumen: las fuerzas anticatólicas de Europa se coaligan contra el Imperio en el siglo XVII y le asestan un golpe decisivo. El "Los von Rom" de Lutero acaba en una lucha a muerte con el Emperador y un siglo y medio más tarde un aventurero genial, hijo de la Revolución Francesa, —engendrada a su vez por el Calvinismo a través de Rousseau—, abate los últimos restos de aquel Imperio tantas veces centenario y que se consideraba directo heredero de los Césares de la Roma Imperial.

Domingo Sanmartí Font

EL IMPERIO "EVANGÉLICO" ALEMÁN

I

OLVIDO DE UNA MISIÓN PROVIDENCIAL

Hace trescientos años el germanismo fué más fuerte que el romanismo; con mucha más razón hoy, pues Roma no es sino la capital de Italia, y un alemán, no un español, ciñe sus sienes con la corona imperial (Kreutzzeitung, 1874).

En esta hora aciaga para la tierra que durante el medioevo y buena parte de la edad moderna fué sustentáculo y base del Sacro Romano Imperio Germánico, por más que su capitalidad ideal la tuviese en Roma, cabe quizás preguntarnos cómo la gloriosa tierra alemana, y con ella buena parte de Europa, han llegado a la situación en que hoy día las vemos.

Los artículos que preceden, han venido dando a ello una respuesta, al mostrarnos cómo aquella tierra —evangelizada por San Bonifacio y elevada a cabeza del Imperio restaurado por Carlomagno— ha faltado a su misión providencial en repetidas ocasiones: en sus diferencias con el Papado, en la lucha por las investiduras, en la ruptura protestante, en la Guerra de los Treinta Años... Bien consideradas las cosas, parece una realidad incontestable que al genio de la raza teutónica, favorecida por su localización sobre el centro europeo, se le había asignado, en forma mitigada y cristiana, la vocación unificadora del continente; o sea, que a esta raza le alcanzaba algo así como un recuerdo de aquél:

...Tu regere imperio populos, romane, memento.

Pero dos causas, dos pecados que dominaron al pueblo germánico, el egoísmo particularista y el orgullo, vertidos en el nacionalismo exclusivista del siglo XIX y en el culto al poder y a la fuerza materiales, le han alejado más y más de dicho destino. Es evidente que, si a este destino hubiese sido dócil, se habría ofrecido a aquel pueblo un porvenir de abnegación para la cual, incluso en la hora presente, ha demostrado hallarse pródigamente dotado y que este porvenir, además, le habría permitido satisfacer sin duda alguna sus aspiraciones más nobles. Sin embargo, no es menos cierto que ha optado por prescindir de ellas y, por una sencilla consecuencia de este olvido de su misión, todo el esfuerzo formidable de sus empresas se ha malogrado apareciendo a los ojos de la historia como perturbadoramente estéril. Por dos veces, en nuestro siglo, le hemos visto a punto de coronar la cima de sus propósitos: la última de ellas, está todavía ante nuestros ojos; y, en ambas, como bajo el peso de una fa-

talidad ineludible, también le hemos visto hundirse en el abismo de la derrota. Con ello precipita la disgregación de Europa, pues a los pueblos a quienes les cabe derribarlo, no parece haberles sido conferidos esa misión y espíritu unificadores.

Roma, la antigua capitalidad del Sacro Imperio, que ha visto otra vez desfilar por su sagrado recinto los ejércitos germanos, es ya desde el último cuarto del siglo XIX, con la anuencia y complicidad del pueblo teutónico, no más que la capital de un estado de nueva creación: el estado italiano.

Pero ¿cuál ha sido el último acto de esta tragedia, el que precede al epílogo que estamos viviendo?

Veámoslo...

II

HACIA OTRO IMPERIO NI SACRO, NI ROMANO...

Lo que queremos es una Alemania unitaria y poderosa, la ruptura con Roma, un gran imperio gobernado por un emperador evangélico (Del drama histórico "Franz von Sickingen" escrito en 1858 por el tribuno socialista Fernando Lasalle).

Austria debía quedar excluida de la Confederación Germánica, por lo que era y por lo que representaba. Por lo que era, pues se creía ver lo auténticamente germano, lo que ponía de relieve el genio de la raza, en el protestantismo luterano; y Austria —pese a sus abdicaciones— había sido una nación católica. Por lo que representaba, a fin de que no cupiese la posibilidad, ni aun débil o pasajera, de devolver la vida al difunto Sacro Romano Imperio.

La presencia de Austria en Alemania entrañaba peligros. Mientras subsistiese en el seno de aquellos principados la influencia de los Habsburgo, un pasado de gloria y de elevados ideales corría riesgo de imponerse a la mente de los hombres de pensamiento y de acción, como requiriendo sus esfuerzos para restaurarlo. No era en vano que, durante diez siglos a partir de la "traslatio imperii" una ideal unidad de Europa había girado en torno a la diadema del emperador romano, vinculada desde hacía más de trescientos años en la estirpe de Austria.

Para que su soberano Francisco-José, a quien no faltaban ciertamente cualidades ni noble ambición, no soñara con devolver a la historia y a la corona Apostólica la doble corona "urbis et orbis" ("res derelicta" desde que

la depusiera de sus sienes su tío-abuelo, el emperador Francisco II), debía ser descartada definitivamente —decían los enemigos del Imperio— toda posibilidad de su restauración en el futuro. Porque si algún día Austria aspirase a reconstituir aquel pasado glorioso como una realidad estable, no podía ser de otra manera que comprendiendo (lo afirmó en 1870, con amargura, Augusto Reichensperger) “su misión sublime en el sentido del antiguo Imperio Germánico”, con su Emperador y algo más que de nombre “Jefe de la Cristiandad”, “Defensor y abogado de la Iglesia de Cristo”, “Jefe temporal de los fieles” y “Protector de la fe católica”, sostén permanente de la lucha contra la división en el seno de la Iglesia, a saber, la herejía y el cisma. Se comprende la inadmisibilidad de esta perspectiva para el germanismo.

¿Es que había entonces, todavía, alguna posibilidad de que ello llegase a producirse?

Así debían considerarlo, desde luego, sus adversarios, cuando con tanta acritud descargaban contra la institución imperial sus invectivas; y es por ello que al descartar definitivamente en Sadowa aquella posibilidad, sus enemigos respiraran con alivio, pues se había dado ya paso a su programa de que “Una dignidad absolutamente secular garantizara a todos los alemanes igualdad de protección sin aceptar jamás la herencia del viejo Sacro Imperio”, como había dicho el profesor Sell.

III

EGOÍSMO Y ORGULLO EN EL NACIONALISMO EXCLUSIVISTA

Los ejércitos alemanes avanzan sobre París. La preponderancia de los elementos germánicos sobre los elementos latinos tiene que manifestarse con una entera evidencia. Es lo que ya ha tenido lugar, hace diez años, sobre el terreno colonial de América del Norte; el Sud, de pura cepa católica y romana, no pudo resistir al Norte protestante y germánico; forzoso le fué doblegarse a su dominio. Así, de hoy en adelante, el protestante germánico debe ser el primero y el católico romano el segundo (Allgemeine evangelisch-lutherische Kirchenzeitung-Septiembre 1870).

El nuevo Imperio estaba ya en Versalles en la Navidad de 1870; no faltaba sino proclamarlo. La inercia misma de los acontecimientos había contribuido a vencer, desde el 28 del anterior mes de noviembre, la sonambúlica resistencia del rey Luis de Baviera, último obstáculo que había sido preciso superar. Se cumplían exactamente 1.070 años desde la coronación del otro Emperador, Carlomagno: pero ¡cuánta distancia no mediaba entre una y otra coronación! Las mismas distancias que separan a Roma de París, o al culto y al espíritu católico de la confesión protestante, o al momento de sellarse las uniones y el de abrirse las profundas simas de la enemistad.

La coronación de Carlomagno había tenido lugar en Roma, capital de la Cristiandad, en el reino de la paz, dentro del recogido, sagrado y augusto ámbito de la basílica de San Pedro, oficiando en la ceremonia religiosa el Pontífice León III, entre vítores y aclamaciones de los pueblos romano y franco; la de Guillermo I, se preparaba en Versalles, bajo la pompa mundana de los salones palacianos, entre la agitación de los ejércitos en campaña, entre cascos y sables, vistiendo sus personajes el uniforme de granaderos alemanes, entre los vítores de unos y el lamentarse de los otros. ¡Bien saltaba a la vista que la nueva dignidad ni recogía ni aceptaba la herencia del Sacro Romano Imperio! Y, así lo había confirmado el

rey Guillermo en la carta cursada a los diversos príncipes alemanes: “Asumo la dignidad imperial, —dice en ella— no por aspirar a un poder que con el transcurso de los tiempos más gloriosos de nuestra historia se ha afirmado con detrimento del desarrollo interior de Alemania, sino con el firme designio de ser, por la gracia de Dios, como príncipe alemán, la espada de Alemania para la protección de nuestra patria”.

El 18 de enero, en la Galería de los Espejos, no hubo unción con los santos óleos, ni manos episcopales depusieron sobre la cabeza del nuevo emperador el símbolo de su nueva dignidad. La ceremonia: sencilla, dura. Ni largos séquitos, ni cabalgatas para darle solemnidad y lustre. En Versalles, sólo se percibía el rítmico eco de las grises columnas de soldados avanzando por las carreteras de Francia y el rumor, menos marcial, de las largas hileras de prisioneros que marchan hacia retaguardia. No cabe duda: el nuevo Imperio, más que basado sobre el prestigio moral de una dignidad inmarcesible, se cimenta sobre la fuerza.

Guillermo de Hohenzollern tomó la palabra para anunciar a los poderosos príncipes, sus aliados y confederados, que recibía de ellos, para sí y sus sucesores, la corona imperial, “esperando, con el auxilio de Dios, cumplir los deberes de Emperador para la felicidad de Alemania”. Seguidamente, su primer ministro, Bismarck, leyó la proclamación del nuevo soberano “Asumimos la dignidad imperial, se decía en ella, conscientes de nuestro deber, decididos a proteger los derechos del Imperio y de sus miembros, a asegurar la paz y la independencia de Alemania, apoyados sobre la fuerza unida de su pueblo. La asumimos, esperando que el pueblo alemán pueda encontrar la recompensa de su recio y ardiente combate, en una paz duradera y tras de fronteras que le garanticen, frente a nuevos ataques de Francia, la tranquilidad turbada desde hace siglos”.

Todavía vibraban las últimas sílabas de la proclamación, cuando el duque de Bade, como representante de los príncipes, se adelantó con el grito de: “¡Viva su Majestad Imperial, el Emperador Guillermo!”.

* * *

¿Qué es lo que ha ocurrido en Europa, entre 1806 y 1871, con respecto al Sacro Romano Imperio Germánico?

La contestación se impone, casi sin acabar de formularse la pregunta.

En 1806, Francisco II había renunciado a la dignidad de Emperador Romano que Napoleón ambicionaba exclusivamente para sí, conservando, no obstante, los nombres de Imperio y Emperador para sus Estados hereditarios. *En el espacio que media hasta 1871, ha acabado de imposibilitarse la resurrección del Imperio muerto*, el Imperio que alegaba títulos para considerarse, jurídicamente, como el continuador del de los Césares y que, cierto es, recogía su herencia más valiosa: la unidad europea.

Esta unidad, basada en el concepto de Cristiandad y fundida con él, colocaba sobre su cima la dignidad del César; y las colectividades que la componían, al prestar acatamiento a éste, le capacitaban moralmente para servir de freno a las desordenadas pasiones de sus componentes.

Como es lógico, con el naufragio de la idea y presencia del Imperio Romano, ha sufrido honda crisis aquella otra unidad superior causante de su supervivencia: la idea de Cristiandad.

La disolución de aquél y la crisis de ésta, arrastran en su caída un conjunto de realidades que les son accesorias, acerbo común de ambos y legado maravilloso del romanismo. En nuestros días, los que vivimos la magnitud de la catástrofe actual, ¿no podemos preguntarnos,

por ejemplo, si no se acaba tal vez de borrar el recuerdo de una institución tan importante como el derecho de gentes?

* * *

Al repasar los inicios de la restauración de la dignidad imperial en Occidente, no pensamos sin nostalgia en aquella gran Asamblea que tuvo lugar en Aachen, el año 802, y en la que el Emperador Carlomagno, recién coronado, enunciaba: "Con tal ocasión se explicará públicamente cuál sea la fuerza y sentido de este juramento, y todo lo que encierra de más que una simple promesa de fidelidad a la persona del monarca. En primer lugar, obli-

ga a todos aquellos que lo prestan a vivir, cada uno en particular y todos en general, según su fuerza y luces, en el santo servicio de Dios; pues, el señor Emperador no puede extender sobre ellos todos, su solicitud y regla. En segundo lugar, les obliga a no apoderarse de nada por fuerza o fraude, ni a molestar ninguno de los bienes de los servidores de la corona. En tercer lugar, a no cometer violencia alguna ni traición hacia la Santa Iglesia, o las viudas, huérfanos y extranjeros, en atención a que el Emperador ha sido designado por Dios y sus santos para ser el protector y defensor de tales personas..."

Tomás Lamarca

Idea del Imperio Romano

Por Ernesto LAVISSE

El Imperio romano es legítimamente universal, puesto que el piadoso Eneas, antepasado del divino Julio, heredó Asia por Asáraco y Creusa; África por Electra, hija de Atlas, y por Dido; y Europa por Dárdano y Livia.

El Imperio ha sido, desde su origen, protegido por Dios: el fracaso de fuerzas en tiempo de Numa, el grito de las ocas que salvaron el Capitolio, las virtudes de Cincinato y la tempestad después de la batalla de Canas son milagros de Dios en favor de Roma. Milagrosa es la predicción virgiliana: "Romano, acuérdate de regir al mundo por tu mando".

El Imperio ha sido anunciado por la sagrada boca de los profetas: y está simbolizado por la cuarta bestia de la visión de Daniel y los pies de bronce de la estatua de Nabucodonosor. Cristo, en fin, el mismo Cristo ha reconocido su legitimidad puesto que nació en época del gran empadronamiento para ser incluido en él. Ordenó devolver al César lo que pertenecía al César; y dijo a Poncio Pilato: "Nada podrías contra mí, si no hubieras recibido un poder de lo alto".

El Imperio tuvo primeramente su asiento en Roma; fué trasladado por Constantino a Constantinopla, pero volvió a Roma en virtud de los Francos y por la voluntad del Papa, Vicario de Jesucristo. Desde entonces, pertenece por derecho a la nación germánica; es "*juris nationis germanicae*". Carlomagno, Otón, Federico, son pues los sucesores directos de los emperadores; el derecho de crear la ley, "*jus populi in condendis legibus*", abdicado antaño por el pueblo en manos del César, les pertenece en toda su plenitud. En ellos y por ellos se ejecutan los designios de Dios sobre el

gobierno del mundo. Son necesarios, providenciales y sagrados. Quienquiera que sea traidor al imperio, es traidor a Dios. En el fondo del noveno círculo del infierno, Lucifer tritura en su triple fauce a Judas Iscariote que traicionó a Jesús, y a Bruto y Casio que traicionaron al divino Julio.

Sin embargo, el imperio, desde la venida de Cristo, ha dejado de ser la única autoridad. Cristo ha dividido al hombre, del mundo; en el hombre, ha distinguido las dos naturalezas, espiritual y temporal; en el mundo, la tierra, lugar de paso, y en el cielo, patria definitiva. El cristiano tiene un doble fin: obrar virtuosamente en la tierra y gozar después la paz eterna de Dios; necesita, pues, de dos guías. También hay en el mundo dos espadas; son las que presentaron los discípulos al divino maestro, en el huerto de los Olivos: "Y le dijeron: Señor he aquí dos espadas". El Señor respondió: "Es suficiente"; luego dió una a Pedro; otra a Juan. La espada dada por el Salvador a Pedro, pertenece al Papa; la espada dada a Juan la lleva el emperador. No puede haber otras espadas, puesto que Cristo ha dicho: "es suficiente"; pero no pueden haber menos de dos, puesto que ha tomado las dos espadas en su mano y las ha consagrado. No hay pues sino dos poderes, pero hay dos: "Para todas las personas sensatas, es evidente que no hay más que un monarca, el emperador de los Romanos, como existe un solo padre de la universalidad humana, que es el Romano Pontífice".

Tal es la teoría del sacro imperio romano germánico. Esta forma de razonar nos sorprende; mas, antes de burlarnos, preguntémosnos quién razona así. ¿Quién hace provenir el po-

der de un Barbarroja, de la abdicación del pueblo en manos de Augusto? El arzobispo de Milán, hablando a Federico I; los sabios jurisconsultos de Bolonia. Del hecho que Cristo naciera en tiempos en que Roma dominaba el mundo, ¿quién ha sacado la consecuencia de que el imperio ha sido reconocido por Cristo? Santo Tomás. ¿Quién atribuye al Papa la espada dada a Pedro y al emperador la espada dada a Juan? Uno de los más famosos libros de derecho, el "*Sachsenspiegel*". ¿Quién busca a Eneas, a Creusa, Dido, Numa Pompilio, Virgilio, para atestiguar la legitimidad del imperio? Dante. Tengamos pues cuidado en tomarlo a broma: Santo Tomás y Dante son testimonios de gran autoridad.

Estamos en presencia de dos fenómenos que se repiten en todos los tiempos: el pasado manifiesta su poder y la inteligencia humana descubre su debilidad y su orgullo; su debilidad, puesto que sobre ella gravita el ingenio de los muertos; su orgullo, pues que desdeña la realidad pretendiendo deducir de ciertos conceptos las reglas de la vida.

Estos hombres de la Edad Media no conocían su tiempo. La realidad estaba entonces muy oscura y confusa. Los hombres se organizaban por pequeños grupos en municipios y feudos; burgueses o feudales tenían la vista corta, entregados por completo a la vida estrecha y a sus preocupaciones cotidianas. Nada se anunciaba que pudiera reemplazar el buen orden de antaño. Permaneciendo la dignidad imperial, en realidad, vacía, el imperio llenaba la imaginación de los pensadores. Parecíales a éstos que el mundo antiguo duraría siempre. Ignoraban las cartas de los municipios,

los contratos feudales, todos los derechos de país, de condiciones y personas que se escribían entonces. Guardaban el tesoro de las reliquias clásicas y cristianas que, por efecto de la confusión establecida entre la Iglesia y el imperio, eran para ellos igualmente sagradas. No la discutían; las veneraban. Su manera de pensar estaba determinada por la interpretación de un pasaje de la Biblia, de una parábola, de un vocablo de Cristo, un verso de Virgilio o un texto de la ley romana.

Hoy vemos el error de nuestros

predecesores. Sabemos que el imperio, en cuya existencia creían, estaba muerto. Las revoluciones políticas e intelectuales nos han infiltrado el espíritu crítico; ponemos en su lugar los hechos y las ideas. No obstante, también nosotros experimentamos la fuerza del pasado: sería muy fácil describir supervivencias en nuestra vida privada y pública. Ciertamente es que vemos nuestro presente mejor que los hombres de la Edad Media veían el suyo, ¿pero estamos seguros de conocerlo bien y de clasificar los hechos de acuerdo con su importancia real?

¿Nuestra atención no está solicitada y absorbida excesivamente por lo anecdótico de los hechos? ¿Y no tenemos también nosotros nuestras teorías? Pretendemos conducir y reglamentar la vida por silogismos. Las aplicaciones de los principios de igualdad y de soberanía nacional, valederas para nosotros, aparecerán tan extraordinarias dentro de cinco siglos como nos lo parecen hoy las deducciones del texto de San Lucas sobre las espadas.

(Del Prefacio a la obra "Le Saint Empire Romaine Germanique" de J. Bryce).

El Sacro Imperio Romano Germánico

Por James BRYCE

I

En la época de los Hohenstaufen es tal vez donde más conveniente resulta interrumpir la historia narrativa del Imperio para hablar brevemente de la posición legal que pretendía en Europa, así como de ciertos derechos y costumbres que arrojan alguna luz sobre el sistema que él personificaba. No es, en verdad, la época de su mayor poderío: estaba ésta ya lejana; ni ciertamente la época en que su dignidad ideal llegó al apogeo, pues debía mantenerse sin igual durante tres siglos. Pero fué bajo los Hohenstaufen, gracias en parte al notable talento de los príncipes de esta famosa raza, y en parte al ascendiente ejercido de repente por el derecho romano, cuando el poder real y la influencia teórica del Imperio coincidieron de la manera más perfecta. No se presentará, pues, en consecuencia, mejor ocasión de mencionar los títulos y pretensiones que la hicieron digna de la herencia del dominio universal de Roma, y de reunir los diversos ejemplos de circunstancias en las cuales estos títulos fueron (ya antes, o después del reinado de Federico) más o menos reconocidos por los otros estados de Europa.

Los territorios sobre los que Federico había declarado que se extendía su jurisdicción, pueden clasificarse en cuatro grupos principales:

1.º Las tierras germánicas, únicas sobre las que el Emperador ejerció, hasta la muerte de Federico II, una soberanía efectiva;

2.º Los distritos no germánicos del Sacro Imperio donde el Emperador era reconocido como único monarca, pero en la práctica poco respetado;

3.º Algunas comarcas distantes, dependientes del Imperio, pero gobernadas por sus propios reyes;

4.º Los otros Estados de Europa cuyos príncipes, aún admitiendo en la mayoría de casos la dignidad superior del Emperador, virtualmente eran independientes de ella.

De consiguiente, no se hallaban comprendidas en los verdaderos límites del Sacro Imperio sino las regiones que pueden colocarse en la primera o segunda de las clases susodichas, a saber: Alemania, el norte de Italia y reino de Borgoña o Arlés, es decir Provenza, el Delfinado, Franco Condado y Suiza occidental. Lorena, Alsacia y una porción de Flandes formaban naturalmente parte de Alemania. Al Nordeste, Bohemia y los principados eslavos de Mecklembourg y de la Pomerania no le habían sido aún incorporados y formaban como dependencias exteriores. De la otra parte de la frontera de Brandeburg, del Oder y el Vistula, habitaban los lituanos o prusianos (1) paganos, que quedaron libres hasta el momento en que los caballeros teutones se establecieron entre ellos.

II

La Roma donde se coronaban los Sacro Romanos Emperadores

El viajero que entra en Roma, hoy en día, si lo hace como acontece de ordinario por la parte de Civitavecchia, se encuentra abocado, de pronto, en su interior, por el ferrocarril, an-

(1) «Puzzi, dice el biógrafo de San Adalberto, quorum Deus est venter et avaritia juncta cum morte». — M. G. H., t. IV. — Es curioso notar que sea este pueblo no teutónico el que haya dado precisamente su nombre al gran reino actual alemán,

tes de darse de ello plena cuenta; al salir de la estación, se precipita en el interior de un coche de punto por el cual es conducido hasta la puerta de su hotel, en la moderna ciudad, sin haber podido ver absolutamente nada. Pero, si llega en coche por la parte de la Toscana, siguiendo la desierta carretera que discurre por las cercanías de Veies y franquea el Puente Milvio, nada le impide disfrutar de la espléndida perspectiva de la Campaña, que semeja un mar circundado de rientes colinas; con todo, no descubre ni un indicio de la ciudad, salvo la cúpula de San Pedro, hasta encontrarse en el interior de sus murallas. En la Edad Media, ocurría de forma muy distinta. En aquel entonces, los viajeros, cualquiera que fuese su condición, desde el peregrino más humilde hasta el arzobispo recién promovido a su dignidad que llegaba acompañado de un pomposo séquito para recibir de manos del Papa el palio sacramental, se aproximaban a la ciudad por la parte norte o nordeste; a lo largo de un camino trazado sobre el suelo montuoso de la orilla toscana del Tiber, hacían alto al llegar a la cumbre del Monte Mario —el monte de la alegría— y veían dilatarse a su mirada "la ciudad de las solemnidades", desde las construcciones enormes de Letrán, muy lejos sobre el monte Celio, hasta la Basílica de San Pedro, acá, bajo sus pies. No era, como en la actualidad, un océano encrespado de cúpulas, sino una masa de edificios de poca altura con tejados rojos, interrumpida por altas torres de ladrillo, y acá y allá por montones de ruinas antiguas, mucho más considerables de lo que de ellas nos queda hoy. Y por encima de todo aquello, se

elevaban esos dos monumentos que figuran entre los más notables de los Césares paganos, esos monumentos que, todavía hoy, contemplan desde lo alto de su serenidad imperturbable, el espectáculo de los ejércitos de las nuevas naciones y las fiestas de la nueva religión —las columnas de Trajano y Marco Aurelio.

Desde el Monte Mario, el ejército germano, después de hechas sus oraciones, descendía al campo de Nerón, espacio formado por los terrenos llanos que mueren al pie de la puerta de

Santangelo. Era allí donde los representantes del pueblo romano tenían la costumbre de salir al encuentro del nuevo emperador electo, pedirle la confirmación de sus privilegios y recibir el juramento que prestaba de velar por sus buenas costumbres. Entonces se formaba una procesión: los clérigos y monjes, que habían salido a saludar al Emperador cantando himnos, delante; los caballeros y milites romanos, quienquiera que fuesen, a continuación; finalmente, el monarca seguido por una larga columna de ca-

ballería trasalpina. Penetrando en la ciudad, avanzaban hasta San Pedro, donde el Papa, rodeado de la clerecía, aguardaba en el gran atrio de mármol de la basílica para desear la bienvenida al rey de los Romanos y darle su bendición. Al día siguiente, tenía lugar la coronación, con ceremonias demasiado complicadas para descritas.

(De la obra "El Sacro Romano Imperio Germánico y el Imperio actual de Alemania").

Fernando II es coronado Emperador

Por E. CHARVÉRIAT

El 26 de agosto la capitulación fué leída a Fernando y él hizo dar su asentimiento por el Canciller de Bohemia. El 28 después que hubo tocado la gran campana, hacia las ocho de la mañana, el Rey, los electores eclesiásticos y los embajadores de los electores seculares se personaron en la corte, cada uno en su carroza, y de allí a la Iglesia de San Bartolomé. Dos filas de burgueses bien armados y bien vestidos formaban cordón desde la Corte a la Iglesia. Los electores eclesiásticos iban revestidos con sus hábitos electorales; el Rey Fernando llevaba en la cabeza una hermosa corona; los embajadores de los tres príncipes seculares, ricamente vestidos a la alemana. Después de la misa, todos los electores, reunidos en la capilla electoral, de la catedral de Francfort, prestaron el juramento de no dejarse influir en su elección por ningún interés personal y de votar en conciencia, como Emperador, a un príncipe capaz de desempeñar dignamente las funciones de Jefe temporal del pueblo cristiano. El elector de Maguncia, como archicanciller del Imperio recogió en seguida los votos.

El elector de Tréveris fué invitado el primero. Señaló como dignos de la corona al Rey Fernando, al Archiduque Alberto gobernador de los Países Bajos, a Maximiliano duque de Baviera y, añadiendo que había otros más entre los príncipes católicos e incluso entre los protestantes, declaró que votaba a Fernando. El elector de Colonia a su vez hizo observar que su hermano el Duque de Baviera no deseaba la dignidad Imperial y consideraba a Fernando como el mejor de los candidatos; por esto daba su

voto a Fernando. Se pasó a los electores laicos. El Palatino Federico V estaba representado por su mayordomo, el conde Juan Alberto de Solms. Después de un largo comentario concluyó votando por el duque de Baviera porque era un príncipe pacífico en cuyos estados reinaba la tranquilidad y no se hallaba mezclado en ninguna guerra. El embajador anunció que si Fernando alcanzaba mayoría, su señor vería lo que era conveniente hacer. El Conde Wolf de Mansfeld, embajador de Juan-Jorge de Sajonia, otorgó su voto a Fernando; y el embajador de Juan-Segismundo de Brandemburgo, apoyándose en que el duque de Baviera no se presentaba como candidato al Imperio, emitió su voto en el sentido de Sajonia. El arzobispo de Maguncia votó a su vez por Fernando, y éste se votó, por último, a sí mismo.

* * *

Los electores condujeron a Fernando II al altar mayor y luego hacia un estrado a la entrada del coro, donde fué públicamente proclamado rey de los Romanos. Al tiempo que salía Fernando de la capilla electoral, propágose la noticia de que acababa de ser depuesto por sus súbditos de Bohemia. Esta noticia, de haber llegado antes tal vez habría cambiado la situación; pero la elección estaba ya efectuada. Únicamente se produjo ligero desorden perdiendo los electores algún tiempo en volver a ocupar sus lugares respectivos. En este instante un madero cayó ante Fernando viéndolo en ello, sus enemigos, un funesto presagio; pero, por otra parte, el hecho de que hubiese sido apresado un

enjambre de abejas que había descendido en pleno día sobre el Römer, fué interpretado por sus amigos como venturoso presagio.

Inmediatamente después de la elección, hacia mediodía, voltearon todas las campanas de la ciudad, mezclando su gozoso tañido con las salvas de la artillería; el landgrave de Hesse-Cassel pudo oírlas desde Giessen, donde se hallaba entonces. Montaron los electores a caballo y volvieron a acompañar a Fernando a su palacio; el embajador del Palatinado llevaba el globo, el de Brandeburgo el cetro, el de Sajonia la espada. El mismo día fué enviada la noticia de la elección al Papa, al Cardenal Borghese, protector de la nación alemana, a los principales cardenales, a los reyes de Francia y España y a los príncipes italianos; Fernando la escribió de su puño y letra a su cuñado, el duque de Baviera. Los embajadores de Bohemia, a la sazón en Marburgo, se apresuraron a protestar (1). Fernando sintió entretanto la necesidad de tranquilizar los espíritus sobre sus intenciones respecto a Bohemia. Dirigiéndose a los condes del Imperio, presentes en Francfort, dióles a conocer cual era el estado de cosas en aquel país, asegurándoles que no se proponía, en modo alguno, perseguir la religión protestante, sino solamente impedir que los eclesiásticos católicos fueran despojados de sus bienes (2).

Se fijó para la consagración y coro-

(1) El 29 de agosto, los príncipes del Imperio fueron a jurar fidelidad a Fernando. Pocos días después, el colegio de electores se ocupó de la cuestión del desarme general; el embajador del Palatinado rehusó tomar parte en las deliberaciones.

(2) Hurter, *Geschichte Kaiser Ferdinands II*, t. I. p. 15 a 62.

nación el lunes 9 de septiembre. Los diputados de Aix-la-Chapelle y Nürenberg llegaron a Francfort con las vestiduras y ornamentos imperiales, y demás cosas necesarias para tal solemnidad. Al anochecer se cerraron las puertas de Francfort, y los guerreros fueron distribuidos por las murallas; al día siguiente por la mañana, los habitantes ocuparon las calles y plazas públicas, principalmente desde el palacio del Emperador elegido hasta la Corte, y desde allí hasta la iglesia de San Bartolomé. Un puente de madera cubierto de colgaduras rojas, había sido levantado desde el Ayuntamiento a la iglesia. Habiendo llegado los electores eclesiásticos, uno después de otro a dicha iglesia, entre las seis y las siete de la mañana, se despojaron de las ropas electorales para revestir las pontificales, esperando la llegada del Rey, el cual alrededor de las ocho, se dirigió por el puente de madera a la citada iglesia con el siguiente acompañamiento: Abrían la marcha en primer lugar, ante él, a pie, gran número de oficiales y nobles; detrás, los dos hijos de Luis, el Landgrave de Hesse-Darmstadt, después, su padre Luis, con su hermano Felipe, los cuatro a caballo. Iban estos seguidos de cinco heraldos del Imperio, que marchaban delante de los embajadores de los tres electores seculares, llevando, delante del Emperador elegido, las insignias imperiales, a saber: el globo (3), el cetro y la espada del Imperio. Su Majestad, vistiendo el traje electoral, y llevando en la cabeza riquísima corona, iba a caballo, bajo palio de paño de oro con las armas del Imperio, que sostenían dos de los cónsules y cuatro senadores de Francfort.

Cuando llegó el Rey cerca de la iglesia, los electores eclesiásticos revestidos de pontifical y asistidos por sus sufragáneos y miembros principales del clero, salieron a su encuentro, desde el coro hasta la puerta de la iglesia, y, habiéndolo recibido con todos los honores, le condujeron al altar mayor y de allí a su asiento real, ante el cual estaba un banco o reclinatorio cubierto todo de tejido de plata, y bajo dosel de la misma tela. El pavimento de la iglesia estaba cubierto de paño rojo, y el púlpito guarnecido de terciopelo; hermosas tapicerías adornaban el coro. Se oía el órgano y una excelente música.

Al entrar el Emperador elegido tenía a su derecha al elector arzobispo de Tréveris, y a su izquierda al elec-

tor arzobispo de Colonia. Habiendo tomado un libro de manos de su limosnero mayor, se puso a orar, y el coro comenzó a cantar el "*Kyrie eleison*".

Según las leyes y la Bula de Oro, la consagración debía realizarla el elector de Colonia; pero como el mismo no estaba aun consagrado, fué reemplazado por el arzobispo de Maguncia (4). Habiendo, pues, comenzado la Misa, el elector de Maguncia, los otros electores eclesiásticos y embajadores de los electores seculares, acompañaron a Su Majestad hacia el altar mayor, y, después de recibir la bendición, lo volvieron a acompañar hasta un sitial elevado dos grados más alto que el reclinatorio.

La Misa continuó; el Rey volvió de nuevo al altar, donde se arrodilló con los dos electores eclesiásticos y embajadores de los electores seculares; y después que se cantaron las letanías de los santos, el elector oficiante dijo las oraciones e hizo las preguntas acostumbradas en semejantes ceremonias, a saber: si prometía en absoluto vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana, defenderla y protegerla, y administrar justicia con equidad para todos, aumentar y extender el Imperio, defender a los huérfanos, pupilos y viudas, y rendir el honor debido a Su Santidad. Habiendo prestado el Rey a estas preguntas, su juramento, con voz firme, el elector oficiante, volviéndose hacia los dos electores eclesiásticos, los embajadores seculares y el pueblo asistente, preguntó si querían someterse a su gobierno e imperio y jurarle obediencia. Los asistentes contestaron que sí en voz alta y que se le debía coronar; el elector oficiante tomó óleo santo en la patena de oro ungiéndole en la frente, en la cabeza, en el pecho, en el brazo derecho y manos, diciendo cada vez estas palabras: "*Ungo te in regem oleo sanctificato, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*" (5).

Terminada la unción, los electores eclesiásticos, con sus sufragáneos, condujeron al Rey al coro revistiéndole las antiguas vestiduras imperiales y pontificales, traídas de Nurenberg: la capa y luenga barba, con estola al cuello, que descendiendo sobre el pecho, iba a los pies; luego le pusieron guantes, y, así, vestido de diácono, le acompañaron del coro a su sitial, donde el elector oficiante le dió nuevamente la bendición.

Hechas las preces, fué conducido el Rey al altar mayor, del que los electores de Tréveris y Colonia tomaron la espada de Carlomagno, que estaba sobre él con el cetro, y desenvainándola la pusieron en manos de Su Majestad al tiempo que el elector oficiante le decía: "*Accipe gladium per manus episcoporum*" (6). Y, después que el dicho elector oficiante dijo: "*Accingere gladio tuo*", (7) la espada fué vuelta a su vaina y ceñida al costado de Su Majestad; luego el globo y el cetro, que puso también en sus manos, a saber, el cetro en la derecha y el globo en la izquierda, diciendo las palabras y oraciones que en tal ceremonia se decían. Finalmente, tomaron la corona real del altar y la pusieron sobre su cabeza pronunciando estas palabras: "*Accipe coronam regni*", (8) luego le vistieron con el manto de oro de Carlomagno. Hecho esto el Rey dió a los embajadores de los electores seculares, a saber: el globo al del Palatinado, el cetro al de Brandeburgo, y, volviéndose hacia el altar, prestó juramento que haría cuanto es decoroso y se requiere en la persona de un buen emperador.

Terminadas estas ceremonias, y habiendo vuelto el Rey a su sitio, continuó la Misa con acompañamiento musical; oyeron el Evangelio, el Credo, el Ofertorio, durante el cual hizo su ofrenda, y concluida la Misa recibió la sagrada Comunión de manos del electo oficiante.

En fin, terminadas las oraciones, el elector oficiante que precedía a los electores de Tréveris y Colonia, condujo al Rey al centro de la iglesia sobre un estrado o tribuna, orientado al mediodía, adornado con ricos tapices y gran alfombra por escabel. Iban ante él, con los atributos del Imperio, los embajadores de los electores seculares, seguidos de obispos sufragáneos y del clero.

Subió el Rey al estrado y los electores eclesiásticos le colocaron en su trono real algo elevado, cubierto de gran tapiz de paño de oro, y bajo dosel de terciopelo rojo; entretanto se cantó el "*Te Deum*". Terminado éste el elector de Maguncia, se acercó a Su Majestad Imperial, felicitándole tanto en su nombre como en el de los otros electores, y recomendóle muy cuidadosamente el Imperio.

(De la "*Historia de la Guerra de los Treinta Años*". Tomo I, Cap. V).

(4) Pfeffel, t. I, p. 523; t. II, p. 268.

(5) «Yo te consagro rey con el óleo santo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»

(6) «Recibe la espada de manos de los obispos».

(7) «Cíñe tu espada».

(8) «Recibe la corona real».

(3) *El Mercurio francés* dice la manzana.

La tragedia alemana

Una ciudad sin iglesias

El Arzobispo de Munich, eminentísimo Cardenal Faulhaber, se ha dirigido en estas horas críticas por que atraviesa la nación alemana, a sus fieles diocesanos para elevar su voz de padre sobre la inmensa multitud de cuantos han de soportar sobre su espíritu y su corazón, la terrible prueba de una guerra exterminadora, acongojados por males sin cuento, y condenados a una vida mísera y errante entre las ruínas de ciudades y burgos, levantados por sus mayores al calor de una civilización de la que fué cuna imperecedera la Roma cristiana.

Las palabras del Cardenal Faulhaber expresan las profundas tristezas de su alma, ante la contemplación de tan horribles calamidades; en este aspecto, Munich, sepultada hoy bajo un montón de escombros, representa la imagen viva de la totalidad del territorio alemán.

Por vez primera en veintisiete años de episcopado, Su Eminencia reside en una ciudad privada de iglesias, y esta afirmación tiene un sentido absoluto, pues Munich no conserva actualmente en pie ni un templo siquiera. Incluso la capilla particular del Arzobispo fué últimamente demolida por los bombardeos.

A finales del pasado mes de octubre dejaron de poder ser utilizadas, veinte parroquias, once iglesias públicas de religiosas y doce capillas privadas; posteriormente hubieron de ser cerradas otras veinticinco parroquias, más diez iglesias. La Catedral y la Iglesia de San Miguel, los dos mayores templos de Munich, están también destruidos por efecto de las bombas. La gravedad de las destrucciones puede comprenderse por el hecho de que en las pasadas Navidades, no pudo celebrarse ni una sola misa en cuarenta y tres iglesias de la ciudad.

El Arzobispo después de poner de relieve el gran número de víctimas que ha ocasionado la guerra entre los sacerdotes, los seminaristas y los feligreses de su diócesis, señala las normas indispensables para evitar deplorables consecuencias de orden moral, y así recomienda una estrecha unión con los párrocos, la práctica de la caridad, la asistencia a las víctimas, la oración fervorosa y, de un modo especial, la confianza inquebrantable en Dios Nuestro Señor.

La trágica situación de la diócesis de Munich es indudablemente la misma que presentan las restantes diócesis alemanas, ya que ningún rincón del solar germano ha quedado inmune de la avalancha de fósforo y explosivos que cae ininterrumpidamente sobre todo cuanto representa exteriorización de la vida de un pueblo. Pero Alemania, destruida y deshecha en las realizaciones sublimes de una fe y de una cultura, mantiene, a pesar de todo, el rescoldo de sus auténticas virtudes cristianas, firmemente conservadas en las regiones occidentales y meridionales, y de su heroica firmeza patriótica, de las que son claro exponente —y el carácter de nuestra Revista nos invita a subrayarlo— los preclaros varones que en los diversos grados de la jerarquía eclesiástica, dan en estos momentos un ejemplo destacado —permaneciendo, no obstante la crueldad de una guerra total, entre su rebaño— de como puede conjugarse la profesión de una auténtica fe cristiana con el cultivo del más noble e integerrimo patriotismo.

El II Reich y la República de Weimar

Ante esta fase decisiva en que se desenvuelve la guerra, y sin olvidar todo lo que representa Alemania en la historia de Europa, podemos preguntarnos: ¿Qué destino tiene reservado la Providencia al pueblo alemán?

Por los artículos publicados en este mismo número, habrán podido darse cuenta nuestros lectores, de la influencia decisiva que los pueblos germanos tuvieron en el desenvolvimiento histórico de las naciones europeas, así como de la importancia trascendental que revistieron dos importantísimos hechos: la terminación del Sacro Romano Imperio y el nacimiento del Imperio alemán en 1871. Vamos a diseñar, ahora, los principales momentos vividos por la nación alemana a partir de este último acontecimiento.

Guillermo II, que sucedió a Guillermo I en la corona imperial, orientó la política alemana por derroteros de expansión económica, conjugados con el desarrollo de la marina y la conquista de colonias, sin sospechar que por tales caminos habría de encontrarse frente a frente de Inglaterra.

Consecuente en sus planes, alejó a Schlieffen y a Bismarck, se enemistó con Ludendorff, contemporizó con la social-democracia, pero se mostró incapaz de hacer frente a la revolución en los momentos culminantes de una guerra que no supo prever. El Ejército a pesar de su fidelidad al emperador, no perdonó a Guillermo II su imprevisión política y militar. Cuando a finales de 1918 el Kaiser inquirió en Spa, residencia del Alto Mando germano, la opinión de Hindenburg sobre la posibilidad de dirigirse al frente de sus tropas a sofozar el movimiento revolucionario, el mariscal pidió a su soberano que no tomase “una decisión imposible de ejecutar”. Estas palabras hicieron comprender al emperador que la única solución viable era la abdicación. Así lo hizo, saliendo poco después hacia el destierro.

El Imperio de Bismarck, el segundo Reich, había terminado. Alemania firmaba con las potencias aliadas, la paz de Versalles que fué en realidad la semilla de un nuevo conflicto. ¡Con qué admirable intuición repetía Su Santidad el Papa Pío XI, pocos años después las palabras de Jeremías: “Esperamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos, y he aquí todos turbados”! (Enc. *Ubi arcano Dei*).

En el Tratado de Versalles, ha escrito el eminente historiador Ruiz Amado, “se mostró demasíadamente el deseo de venganza de Francia, por su derrota de 1870, y el encono de Inglaterra, deseosa de reducir a la impotencia a la nación que se había atrevido a rivalizar con ella en la industria y hasta en la marina. Aunque se había estilado generalmente imponer a la nación vencida una contribución de guerra, jamás se había pensado que el vencido hubiera de indemnizar todos los perjuicios causados por las acciones bélicas. Seguramente no se exigió nada de esto a Francia después de las guerras napoleónicas, ni se le ocurrió a nadie que se hubiera de reedificar Moscú a expensas de los franceses. En realidad se procuró imponer a los alemanes tal carga económica, que les fuera imposible rehacer su florecimiento industrial y mercantil. Y para el mismo efecto se privó a Alemania de todas sus colonias. Aun que no en el nombre, en la verdad, los alemanes quedaban reducidos a una manera de *servidumbre* obligados a trabajar durante muchos decenios en provecho de sus vencedores”.

Alemania salió de la guerra sumida en una honda crisis moral, cuyas repercusiones hubieran alcanzado límites insospechados, de no haber existido un factor vital, importante siempre en la vida de Alemania, que logró mantener su cohesión, su unidad y su fortaleza. Este factor fué el Ejército y concretamente su Alto Mando.

El Ejército educado en una dura disciplina, formó dentro del país un poder aparte. Acatando la República, dedicóse especialmente a mantener el orden y la integridad de la nación, preparando simultáneamente el renacimiento de las fuerzas armadas, cuya destrucción había sido uno de los ob-

jetivos esenciales del Tratado de paz. Hasta que punto el mando germano conservó su independencia, incluso frente al propio gobierno, nos lo revela un brevísimo diálogo sostenido entre Ebert y el general Seeckt, jefe del Mando Superior, a raíz de haber estallado varios movimientos separatistas y revolucionarios: “¿La Reichswehr sigue al Gobierno?”, preguntó angustiado Ebert; a lo cual respondió inmutable von Seeckt: “Señor presidente, la Reichswehr me sigue a mí”.

En el quinquenio 1924-1929, la reducida milicia autorizada en Versalles se convirtió en un potente núcleo de “especialistas”, que constituirían más tarde la base del nuevo ejército.

Mientras tanto la situación política del Reich sufrió un cambio fundamental. El 24 de abril de 1925, es elegido Presidente de la República, el mariscal Hindenburg. La revolución socialista recibe con ello un duro golpe, y es el primer paso para que una nueva doctrina, cuyos postulados esenciales se trazaba en aquellos días en una celda de la fortaleza de Landsberg-sur-la Lech, pueda encontrar más tarde el camino para el acceso al poder.

«Ein Volk, ein Reich, ein Führer»

Un nuevo partido había salido a la lucha. Lo acaudillaba un hombre salido del pueblo, desconocido completamente en los medios políticos, y cuyo único bagaje era la Cruz de Hierro ganada por su comportamiento en el frente occidental como voluntario en las tropas de Luis III de Baviera. Se llamaba Adolfo Hitler.

El nuevo partido se dió a conocer públicamente en la reunión celebrada en el “Hofbräuhaus” de Munich, en donde el verbo encendido de Hitler logró conquistar a la muchedumbre que, con ciertos recelos y aun con ánimos enmismados, llenaba el local. “La hoguera en que debía forjarse la espada que habría de libertar al Sigfrido germánico y resucitar al pueblo alemán, acababa de encenderse” (*Mein Kampf*).

El éxito del nuevo partido no era sin embargo muy difícil de explicar. Su oposición rotunda al Tratado de Versalles y el programa de gobierno basado en la estructuración de una Alemania fuerte y poderosa, era natural que encontrase eco en el profundo sentimiento patriótico de muchos alemanes que no podían razonablemente acostumbrarse a la derrota de su país. Además la presencia en la directiva del partido de un jefe como Ludendorff le dió indiscutiblemente una aureola de prestigio.

El nuevo partido fué adquiriendo caracteres de un formidable movimiento que socavó rápidamente la fortaleza de los partidos contrarios. Cuando la subida de Hitler a la Presidencia parece inevitable, los socialistas no encuentran otro medio para oponérsele que apoyar al propio Hindenburg junto con todos los demás partidos. El resultado es, no obstante, altamente aleccionador: Hindenburg recoge diecinueve millones de votos; Hitler, trece millones y medio. Se acerca el momento culminante. Y es el propio Hindenburg quién más tarde, el 30 de enero de 1933, entrega el poder al nacional-socialismo. El 1.º de febrero Hindenburg disuelve el Reichstag y convoca nuevas elecciones, en las cuales el nacional-socialismo obtiene la mayoría absoluta de puestos. El nuevo Reichstag otorga a Hitler plenos poderes, dando así comienzo a una etapa, verdaderamente fundamental para la historia de Alemania. La República de Weimar ha desaparecido de la vida política germana, para dar paso al III Reich.

No vamos a exponer en este breve resumen las teorías del nacional-socialismo, cuyos principios fundamentales están perfectamente definidos en el *Mein Kampf*, ni por consiguiente a aquilatarlas a través de las enseñanzas de la Iglesia; ello presupone una exposición meticulosa que el carácter de este artículo no permite realizar. Baste, por ahora, recordar que la doctrina racista está en evidente contradicción

con los principios cristianos claramente expuestos y firmemente mantenidos por los Romanos Pontífices.

La nueva Alemania orientó su política a “liquidar” paulatina pero inexorablemente, el Tratado de Versalles, en cuya tarea recibió algunas veces la ayuda pasiva y también activa de sus antiguos enemigos. Recordemos el Tratado naval germano-británico de 18 de junio de 1935, que abrió el camino para la reconstrucción de la flota de guerra del Reich.

El rearme limitado propuesto por Hitler, con el apoyo de la Gran Bretaña, fué rechazado rotundamente por Barthou en abril de 1934. El 16 de marzo del siguiente año, se aprobaba por la Cámara francesa, a propuesta de Flandin, la ley prorrogando el servicio militar. En la noche del mismo día, Hitler ordenaba la instauración del servicio obligatorio en el ejército, seguido, pocos días después, de la “Ley sobre la creación de la Wehrmacht”.

Hitler de acuerdo con lo expuesto en el *Mein Kampf*, acentuaba su política anglófila y de amistad con Italia. Sin embargo, la situación en Europa iba a sufrir un cambio trascendental con la ratificación del pacto de alianza franco-soviético, acordado por el Parlamento francés el día 27 de febrero de 1936, después de un viaje triunfal por tierras de Francia del mariscal soviético Tukachevsky. La política de Locarno sufría con el nuevo pacto una crisis mortal, de la que fué una inmediata consecuencia la ocupación de Renania (17 de marzo de 1936).

La expansión alemana hacia el Este, clave esencial del aumento del período alemán después de la reincorporación de Austria y del país de los sudetes, sufre en Danzig la prueba decisiva. Gran Bretaña se opone resueltamente a los planes de Hitler, e inicia simultáneamente conversaciones con los dirigentes del Kremlin, pero Hitler adelantándose a los acontecimientos entra en contacto secreto con los soviets y firma un Tratado de no-agresión con los mismos. He ahí un cambio total de frente. ¿Qué sinceridad podía haber en este acuerdo de la Alemania nacional-socialista con la Rusia comunista? Basta repasar muy ligeramente la Resolución sobre el informe presentado por Dimitroff, adoptada por el VII Congreso de la Internacional Comunista (20 de agosto de 1935): “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”, y leer algunos párrafos del *Mein Kampf* relativos a los judíos, para comprender que una amistad del Reich con la U. R. S. S. era totalmente imposible, y que si un acuerdo entre ambos poderes llegaba a cristalizar no podía ser muy eficaz ni duradero. Los hechos posteriores demostraron cumplidamente esta verdad.

La guerra estalla con toda su virulencia. Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia y Grecia, son ocupadas por el ejército alemán. El año 1942, en guerra ya con la U. R. S. S., el III Reich conoce su época triunfal: Stalingrado, Bayona, el Cabo Norte y el Alamein son los límites del poderío germánico.

Va a comenzar, sin embargo, el rápido descenso. No hemos de precisar las etapas del mismo, pues viven aún en la memoria de todos.

Y llegamos a los momentos culminantes del drama. Alemania abandonada por todos sus amigos, lucha sin tregua frente a la coalición de casi todos los estados del mundo, manteniendo una dura y terrible resistencia. Berlín es, en este aspecto, el compendio del valor supremo que puede alcanzar un pueblo cuando está inflamado por una resolución inquebrantable.

Ante tal cúmulo de grandezas y de adversidades, sólo cabe repetir de nuevo: ¿Qué destino tiene reservado la Providencia al pueblo alemán?

¿Qué causas engendran la oposición constante que todo intento de conseguir una mayor grandeza de Alemania, halla en casi todo el mundo? ¿Cuál es la misión de Alemania en los planes de Dios?

José-Oriol Cuffi Canadell

Fulda, uno de los bastiones del catolicismo germano

En su catedral reposan los restos de San Bonifacio, patrono de Alemania.
Las jerarquías eclesiásticas alemanas se reúnen todos los años
en su palacio episcopal para redactar una pastoral colectiva

La guerra en Alemania se desarrolla, de algún tiempo a esta parte, en una zona en la que a lo largo de los siglos fué cuajando el fervor religioso del medioevo, dispuesto a perennizarse en el arte de magníficos templos o monasterios, que los modernos métodos bélicos de destrucción han destrozado implacables. Pudiéramos decir que los avances aliados están dejando al descubierto el corazón de la Alemania católica de los pasados siglos y aun los principales bastiones del catolicismo alemán de la hora presente. Nombres gloriosos en la historia de la Iglesia saltan a las páginas de los periódicos, tristemente ilustradas con grabados que muestran las pétreas entrañas de templos milenarios.

Y es un día Colonia con su impresionante catedral gótica, y otro Tréveris con el templo donde se guarda la sagrada reliquia de la túnica inconsútil de Cristo, y Breslau, sede del cardenal primado alemán...

Y ahora Fulda, la ciudad que el pasado año vió cumplir el doce centenario de su fundación, iniciada en el monasterio benedictino que San Bonifacio, actual patrono de la Alemania católica, hizo construir a su discípulo el abad Sturm.

La Edad Media presenció el encumbramiento de Fulda. A fines del siglo X su monasterio era considerado como sede primacial de todos los conventos benedictinos de Galia y Germania. Dos siglos más tarde, los abades de Fulda comenzaron a ostentar el título de príncipes del Imperio, con el privilegio de ocupar un puesto al lado del emperador. Hasta el siglo XV continuó en auge el prestigio de los abades de Fulda; pero abusos cometidos por determinados sujetos, que llegaron, no con muy buenas artes, a alcanzar tal dignidad, fueron mermando el poder abacial.

Pero esta merma no supuso el ocaso de Fulda como centro de acendrado catolicismo. Las ciencias eclesiásticas seguían floreciendo en el cúmulo de volúmenes que se apilaban en la rica biblioteca de su Universidad. Y ni la chispa de la reforma protestante levantó en aquella pacífica ciudad el desolador incendio que transformó en ceniza el espíritu religioso de otras muchas poblaciones alemanas. Fulda sufrió algunos efectos de aquella gran escisión, pero tardó pocos años en soldar sus grietas, gracias a la fundación de un Colegio de Jesuítas que comenzó a funcionar en plan de Universidad católica paralelamente a la del convento de los benedictinos. Esta Universidad tuvo gran esplendor durante todo el siglo XVII y la primera mitad del XVIII. El soplo frío de paganismo que empezó a imperar en Europa, a caballo de los siglos XVIII y XIX, llegó también hasta Fulda, que vió desaparecer en 1814 su último príncipe-obispo, categoría que ostentaban sus abades desde el año 1752, en que la abadía fué convertida en Obispado.

Aunque el esplendor real de Fulda parecía terminar entonces, allí quedaban sus edificios religiosos y la fe católica de sus habitantes. Y, sobre todo, el monasterio que dió origen a la ciudad y que, con las necesarias reformas que imponía el paso de los siglos, continuaba perenne, dando testimonio del espíritu religioso medieval que el turbión de tiempos revolucionarios no ha logrado extinguir. Guarda ese espíritu la tumba de San Bonifacio, patrono de Alemania, desde su cripta de la catedral moderna donde fué encerrada cuando este hermoso edificio, de estilo neoclásico, se construyó en el siglo XVIII.

A la sombra de este monumento perenne de fe se reúne todos los años el Episcopado católico alemán en las famosas conferencias que tienen lugar en el palacio episcopal de Fulda, donde se traza —en una pastoral colectiva— el programa a seguir cada año en el apostolado religioso. Suelen tenerse estas conferencias en los primeros días de junio, con motivo de la festividad de San Bonifacio. En los dos años últimos sufrieron sendos aplazamientos. En 1943 se celebraron en los últimos días de agosto y primeros de septiembre, por la enfermedad que en junio aquejaba al anciano cardenal Bertram, arzobispo de Breslau, que suele presidir las conferencias de muchos años a esta parte. El pasado año aconsejó el aplazamiento de la reunión episcopal la circunstancia de la celebración del doce centenario de la fundación de la ciudad, que había de conmemorarse en julio. Pero los acontecimientos bélicos de la invasión de Europa impidieron dar ostentación a la fecha conmemorativa y aun a la misma conferencia episcopal, que, por otra parte, debía revestir gran importancia.

Porque en estas conferencias, aparte de los temas generales que suelen tratarse en las reuniones de las jerarquías eclesiásticas, los últimos años se han estudiado problemas de extraordinario interés, aconsejados por las circunstancias. Ya el año 1943, en que éstas no eran tan graves como en el siguiente y en la actualidad, hubo de atenderse a la solución de los conflictos creados por las evacuaciones ocasionadas por los bombardeos, la organización de los servicios religiosos para los trabajadores extranjeros residentes en Alemania, etc. Fueron tantos y de tal gravedad los temas tratados, que, al decir de observadores que se hallaron presentes, desde hacía más de quince años no había recaído sobre los reunidos en Fulda una labor de tanta envergadura.

¡Qué lejos estaban probablemente de pensar entonces que no iban a transcurrir muchos meses sin que se les presentase, en fuerza de los avatares de la guerra, la dificultad de volverse a poder reunir pacíficamente a la sombra de la tumba de San Bonifacio!

(Reproducido de nuestro estimado colega MISIÓN)

CON CENSURA ECLESIASTICA

FABRICACION DE ALTAS FANTASIAS EN LANERIA PARA CABALLERO

M. COROMINAS

— S. A. —

CASA FUNDADA EN 1820

SABADELL

Cuevas de Artá
MALLORCA



●
Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

BARATA H. N. O. S **SUCESOR**

TEJIDOS DE LANA



Pl. Maragall, 2

Teléfono 2322

TARRASA

¡¡Negocio redondo!!

¡ Son miles de millones!...

Para ganar 1353 millones de
paganos debes favorecer a
las misiones católicas entre
infielos, suscribiéndote a la
hermosa y amena revista
misional mensual, tan
recomendada

"MISIONES DOMINICANAS"

Precio de suscripción: 15 pesetas al año

Dirección: Apartado 10 - ÁVILA

"CRISTIANDAD" también recibe suscripciones para
"MISIONES DOMINICANAS"

R. T. S.

BARCELONA